

REVISTA DE GALICIA

SE PUBLICA BAJO LA DIRECCION DE LA

SRA. D.^a EMILIA PARDO BAZAN.

AÑO I.

CORUÑA 10 DE SETIEMBRE DE 1880.

NÚM. 17.

ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS. (1)

SANTA MARÍA DEL TEMPLE.

v.

Contrariados los deseos del Rey Felipe el Hermoso por la firmeza con que la mayor parte de los Templarios prefieren la muerte à servir de instrumentos à sus miras, rodeado de un poderoso ejército y acompañado de su hijo mayor el Rey de Navarra, de Carlos de Valois, de Luis conde de Evreux, y de una brillantísima corte marcha à Viena en el Delfinado donde asiste à la apertura del Concilio el 16 de Octubre de 1211. Compónese aquella imponente Asamblea de más de 300 Prelados y de gran número de Doctores, Priores y Abades procedentes de todas las naciones del mundo católico. Propone el Papa las tres causas que le han inducido à la convocatoria del Concilio, entre las que la de los Templarios figura la primera. Léense los procesos formados à los Caballeros del Temple en diferentes países; y el Pontífice pregunta à cada Padre por su turno si no encuentra conveniente la supresion de una Orden en que tan grandes abusos y enormes crímenes se han descubierto.

Un Prelado italiano dirigese al Papa exhortándole à abolir inmediatamente y sin otra formalidad una Orden, contra la cual habian declarado ya más de dos mil testigos en diferentes países cristianos. Pero los Arzobispos y Obispos del Concilio y los más célebres Doctores allí presentes, se oponen, representando unánimemente al Papa, que àntes de suprimir una Orden tan ilustre, que tan grandes servicios habia prestado à la cristiandad desde su fundacion, ellos creian que debía oirse la defensa del Gran Maestre y de los principales de la Orden, conforme à justicia y à lo que ellos mismos habian tan repetidas veces demandado.

(1) Véanse los números 11, 12, 13 y 15 de la REVISTA DE GALICIA.

Los Prelados de España, de Alemania, de Dinamarca, de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda, y la mayor parte de los de Francia están de acuerdo sobre este asunto. Sólo el Obispo italiano que ha pedido la supresion inmediata de la Orden y los Arzobispos de Reims, de Sens y de Ruan son de distinta opinion. De suerte que en un Concilio compuesto de más de 300 Prelados, sólo hay cuatro que se atreven à oponerse à lo que reclaman las más sencillas leyes de la equidad natural, apesar de la influencia de Felipe el Hermoso y de Clemente V.

La audiencia que piden en favor de los acusados embaraza grandemente al Rey que prevé cuan funestos resultados puede tener para la realizacion de sus planes. Por grande que es la autoridad de que se halla revestido, comprende muy bien que le será difícil negarse à escucharlos sobre las diferentes causas de su retractacion y rehusarles la confrontacion ó caréo con sus acusadores y testigos, procedimientos que ocuparían mucho tiempo, comprometiendo además el resultado de tan extraordinario proceso. Viendo, pues, las disposiciones hostiles del Concilio, se adopta el medio de dar largas al asunto, empleando entretanto el tiempo en procurar atraerse las voluntades de los más influyentes.

Cuenta Alberic de Rosate, célebre jurisconsulto contemporáneo, que cuando los Padres del Concilio sostenian la imposibilidad de condenar à los acusados sin haberlos oido, exclamó el Papa: "Si por falta de algunas formalidades legales no se puede condenar judicialmente à los Templarios, la plenitud del poder pontifical suplirá la falta," prefiriendo àntes condenarlos por medio de un expediente, que "*disgustar à su muy amado hijo el Rey de Francia.*"

Despues de haberse asegurado de la modificacion efectuada en algunas opiniones sobre la materia, àbrese solemnemente la segunda sesion del Concilio el 3 de Abril de

1312. Apenas abierta, el Papa hace leer su bula *Ad Providam*, expedida en consistorio secreto celebrado el Miércoles Santo, día 22 de Marzo, en que decreta la extincion de la Orden de los Templarios, *no de una manera definitiva, ni por via de sentencia jurídica, sino provisionalmente, confesando que en todos los procesos hechos NO HAY FUNDAMENTO PARA CONDENAR Á LOS TEMPLARIOS, SEGUN DERECHO.*

¿Y las víctimas que han perecido en las prisiones y en el cadalso?

¿Y las que todavía son esperadas por el verdugo?

"Cuatro Templarios solamente quedan en Francia por juzgar: el Gran Maestre JACOBO DE MOLAY, cuya dignidad equivale á la de Príncipe real; Guido, hermano de Roberto III, Príncipe de Auvernia, soberano del Delfinado; Hugo de Peralde, Gran Prior y Visitador del Priorato de Francia, y el Gran Prior de Aquitania.

Y á los dos años despues de la disolucion del Concilio, en Marzo de 1314, verificase el coronamiento y fin de la horrorosa hecatombe de los Caballeros Templarios. Habíase reservado el Papa el conocimiento de su causa; pero no queriendo condenarlos por sí mismo despues de haberles ofrecido una completa impunidad, delega su poder en dos Cardenales, en el Obispo de Sens y en algunos otros Prelados franceses. Reunidos en Paris los Comisarios hacen que el Preboste de la ciudad conduzca á su presencia los acusados. Léenles la sentencia del Papa diciéndole despues, que si persisten en su primera declaracion en que confesaron sus crímenes, serán condenados á prision perpétua; y quemados vivos si confirman su retractacion posterior. Los Comisarios habian continuado su proceso siguiendo los mismos trámites con que se habian empezado todos: ni carearon á los Caballeros con los testigos, ni ampliaron las declaraciones.

"Esta escena pasa en público porque esperando que se retracten, quieren convenir por este medio al pueblo de Paris de la justicia con que tantos otros Templarios han sido quemados vivos. Por dar al acto mayor solemnidad, háse construido un cadalso ante las gradas de la Catedral, donde cargados de cadenas y rodeados de soldados aparecen los presos; y para decidirlos por el terror encienden una hoguera ante el tablado como si fuesen á quemarlos inmediatamente si no accediesen á los deseos

de sus jueces. Uno de los Legados pontificios sube al púlpito y abre esta triste ceremonia, exponiendo en un largo discurso todas las iniquidades y abominaciones de que se acusa á los Templarios y de las cuales muchos de ellos se han reconocido culpables. Y para no dejar duda alguna á la muchedumbre allí congregada, intima al Gran Maestre y á sus compañeros que renueven ante el pueblo de Paris la confesion de sus errores y de sus crímenes.

"Los Grandes Piores de Francia y de Aquitania espantados sin duda al ver la hoguera que creen debia inmediatamente consumirlos si persisten en su retractacion, confirman la confesion que habian hecho en el tormento.

"Cuando llega su turno de hablar al Gran Maestre, arrastrando sus pesadas cadenas, adelántase al borde del tablado y con tranquilo continente y con voz firme y segura que impusieron respeto á todo el mundo, exclama dirigiéndose al pueblo:

"Justo es que en un dia tan terrible que es de los últimos de mi vida, descubra toda la iniquidad de la mentira y haga salir triunfante la verdad. Declaro, pues, á la faz del cielo y de la tierra, y confieso para mi eterna vergüenza, que he cometido el más grande de todos los crímenes. Este crimen ha consistido en reconocer como verdaderos los que se imputaban á una Orden, que la verdad me obliga hoy á reconocer como INOCENTE, SANTA Y CATÓLICA. Yo no he aceptado la declaracion que exigian de mí, mas que para librarme de los horribles dolores del tormento y ablandar á los que me los hacian sufrir. Sé bien los suplicios en que han perecido cuantos tuvieron valor para desdecirse de una confesion por tales medios arrancada; pero el espantoso obstáculo de la hoguera que me presentan no será capaz de hacerme confirmar la primera con una segunda mentira. Prefiero renunciar á la vida que conservarla aceptando condicion tan infame. ¿De qué me serviria prolongar los amargos dias de una existencia que ya me es odiosa, si tuviera que agradecerlos á la calumnia?"

"Más hubiera dicho sin duda; pero como el pueblo aplaudia su discurso, obligáronle á callar por la fuerza.

"El hermano del Príncipe Delfin habla despues poco más ó menos en los mismos términos que el Gran Maestre.

"Dando por concluida su mision los Legados del Papa, entregan al Rey los prisioneros para que los haga quemar vivos; y Felipe que desea desembarazarse de ellos

lo más pronto posible, manda que sean inmediatamente quemados á fuego lento.

"Tiene lugar el cruento sacrificio el 18 de Marzo de 1314 en la isleta existente en el Sena entre el jardín del Rey y el Convento de los Agustinos. Conducen á los reos con grande aparato militar en medio de un inmenso concurso al sitio del suplicio. JACOBO DE MOLAY aunque cargado de cadenas, macerado y aniquilado por tantos padecimientos físicos y morales, va por su pié con ademán tranquilo y la frente alta. Y en medio de los dolores del suplicio, muestra la misma fuerza y energía que el día anterior en la Catedral. A las asíduas instancias para que retirara su retractacion, repite siempre las mismas protestas de su inocencia y la de su Orden; añadiendo:

--"Si merezco la muerte, es por haber mentido en el tormento."

"Cuando despojado de los vestidos de su Orden, amarrado fuertemente á la estaca, se ve rodeado de llamas que devoran sus miembros y de humo que le ahoga, el Gran Maestre grita en alta voz:

--"¡Clemente, yo te emplazo para que comparezcas dentro de cuarenta días ante el tribunal del soberano Juez! ¡Y tú, Felipe, prepárate también para comparecer ante él dentro de un año!..."

Tales fueron las últimas palabras de JACOBO DE MOLAY, de aquel hombre valeroso, victima de la ambicion y avaricia del Rey de Francia. Lo verdaderamente extraordinario del caso es que precisamente al cumplirse las épocas del emplazamiento, murieron el Papa y el Rey.

Poco tiempo disfrutaron ambos del reparto entre sí de los 200.000 florines de oro de los bienes muebles de los Templarios, y poco gozó, además, el Rey, de la nueva residencia á donde quiso trasladarse, á los edificios del Temple de Paris, de aquel Temple memorable, que despues habia de ser prision de un descendiente suyo.

Los bienes inmuebles fueron asignados á los Hospitalarios para que armasen cien galeras contra los turcos. Pero los abogados del Rey presentaron tantos gastos en el proceso y tantos débitos que pagar, que los Hospitalarios quedaron más empeñados que estaban. El Rey en fin, murió á los 46 años de su edad en Noviembre de 1314, habiéndole precedido en la muerte Clemente V, fallecido en 20 de Abril del mismo año, ocupando el Papado en Aviñon por

espacio de ocho años y diez meses y medio, á contar desde el día de la eleccion de este Pontifice de triste memoria.

Así acabò la inclita y famosa Orden del Temple, famosísima en toda Europa "donde no habia ciudad ni pueblo fortificado que no enviase dinero y viveres á estos piadosos guerreros, al igual que á sus colegas los Hospitalarios: todo el que espiraba se creia en el deber de legarles algo. Las principales familias les enviaban sus jóvenes hijos á fin de que se instruyeran en la cortesía y el valor entre aquellos religiosos paladines. Los que tenian culpas que expiar, remordimientos que acallar, ofrecian sus brazos ó sus riquezas á estos Caballeros, quienes á veces heredaban á Príncipes y á Monarcas: hasta hubo Reyes que se vistieron sus insignias."

"Así afluyeron tantas riquezas en sus manos que en breve figuraron como los mayores propietarios de Europa. A principios del siglo XII contaban los Hospitalarios 19.000 dominios ó enfitéusis en toda la cristiandad; 9.000 los Templarios y además distintas rentas procedentes de la confraternidad y de las predicaciones."

Ultimamente las más antiguas de las provincias de Oriente en que se dividia la Orden de los Templarios habian sido ocupadas por los musulmanes, excepto Chipre; no obstante, conservaban en Occidente las de Portugal, Castilla, Aragon, Francia y la Auvernia, con los Países Bajos, Normandía, Aquitania, la Provenza, Inglaterra, la alta Alemania, Brandemburgo, y la Bohemia, Italia, la Pulla y la Sicilia. En ellas como va dicho, tenian más de 9.000 Encomiendas tan ricas que producian cerca de 8.000.000 de francos. Otros elevan á una suma fabulosa esta cifra: fijanla en 8.000.000 de libras, ó sea 112.000.000 de francos.

Naturalísimo era que un estado tan holgado y floreciente y en contacto con la civilizacion y oriental fausto, crease entre ellos gusto y necesidades nuevas, muy distintas de la primitiva pobreza en que particuiarmente los Templarios habian nacido y cuya satisfaccion viniese á contribuir ahora á su mayor prestigio entre infieles y no infieles, en medio de las hazañas á que siempre se les habia visto dar gloriosa cima hasta en sus últimos instantes.

En esas mismas postrimerias de la Orden, el propio Rey Felipe que habia de ser su exterminador hacia de ella su apoteosis,

expresándose en estos términos: "*Las obras de piedad y misericordia, la generosa liberalidad que siempre ha usado en todo el mundo y en todos tiempos la Santa Orden de los Templarios, fundada hace largo tiempo por autoridad divina, el valor de sus individuos, cuyo celo eficaz é infatigable es útil excitar en la peligrosa defensa de Tierra Santa, nos inducen á derramar nuestra Real munificencia sobre la Orden y sus Caballeros en cualquiera lugar de nuestro reino que se encuentren y á distinguir especialmente á aquel Cuerpo, de nos sinceramente amado.*"

La exagerada ambición é insaciable codicia de ese Monarca presto le obliga á cambiar de conceptos y la nefanda, casi siempre, *razon de Estado* hace mover los íntimos resortes del corazón del desdichado Pontífice que le sirve de instrumento. No era, en verdad, asunto de dogma el principio que uno y otro vulneraban; pero esos dos personajes han abatido y quizá para siempre el santísimo principio de cristiana gratitud y justicia condenando ó aprobando la condenación y supresión de una Orden militar ínclita, religiosa, heroicísima como la de los Caballeros Templarios. Para una catástrofe tan inmerecida y sangrienta no faltaron groseras calumnias, hasta invocación de soñados crímenes que sirviesen de causa y pretexto á ruina semejante. Pero si esto la santifica, santificada será luego la caída de todas las instituciones religiosas y civiles, inclusa la de la Monarquía, inclusa la temporal del Pontificado. ¿Qué no ha sucedido ya de todo ello después de la ruina de los Templarios en la década segunda del siglo XIV, hasta nuestros días? ¿Qué vino á precaverse entonces con la desaparición injustificada y absurda de los memorables Caballeros? Los hombres más encumbrados y al parecer omnipotentes, tanto creen deber fijarse en las eventualidades del momento en que viven, que abandonan las más triviales consideraciones respecto al día venidero. Miran tan extremadamente de cerca los objetos, que no pueden percibir sino la faceta acaso más insignificante de los mismos y legan al mundo actual y á la posteridad igualmente, las calamidades y desastres más espantosos. Mirado lo justo como asunto baladí, mistificado lo justo como obediente y sumiso á la conveniencia de un particular y de un día, la sociedad pierde inmediatamente su rumbo y quicio y es en vano predicar y escribir, oprimir y legislar, castigar y discurrir; toda fuerza

intelectual y moral, todo prestigio se ha perdido para el bien público, y no resta ya más que una insignificante ocasión para que se disloque la sociedad cristiana y estallen las revoluciones más aterradoras; consecuencia legítima del menosprecio y la muerte de la idea de lo justo. Si los que rigen las naciones no se persuaden de esta verdad y no son los primeros en el ejemplo y dechado de la contraria conducta á la de aquellos que acabaron de un modo tan ruin y abominable con la institución del Temple, el hombre más desprendido y generoso no será capaz de aventurar un ardimiento por la vida y consolidación de nada de lo que sucesivamente aparezca en elevadas esferas; inestable todo y al acaso como buque en alta mar sin brújula, timón ni polar estrella, cual aconteció y acontece á tantas Monarquías y Repúblicas de los pasados y presentes siglos.

Fundado en tal, nuestro gran dramático Tirso de Molina en su comedia "*La Prudencia en la mujer*," pone en boca de aquella gran figura de nuestra historia en el siglo XIII, la Reina Doña María la Grande, despidiéndose de la Regencia y del Trono y aconsejando á su hijo que pasaba á ocuparlo, estas notabilísimas palabras:

"El culto de vuestra ley
Fernando, encargaros quiero;
Que este es el móvil primero
Que ha de llevar tras sí el Rey;
Y guiándos por él vos,
Vivid, hijo, sin cuidado,
Porque no hay razón de Estado
Cómo es el servir á Dios."

Ojalá que el joven Rey hubiese tenido presentes siempre los consejos y sentencias de aquella sabia mujer y dignísima madre.

El Rey Fernando IV el Emplazado se apoderó de todo lo que los Templarios poseían en los reinos de Castilla, así bienes como pueblos á título de sostenimiento de las guerras empeñadas ó que se empeñasen contra los moros. Igual conducta siguió el Rey de Aragon Jaime II en sus estados.

En las *Marinías* de Galicia los Caballeros del Temple eran grandemente *apoderados* y ricos. En varias iglesias del país se halla tradicionalmente su memoria. San Miguel de Breamo, San Martín de Tiobre, San Tirso de Oseiro y otros templos de aquella construcción y blasones en las provincias de Galicia, si no fueron de los Templarios,

dan á conocer cuán arraigado estaba su señorío en el país, por cuanto son recordados é invocados amenudo por los interrogados naturales. En los estados de Castilla poseian mas de 24 Encomiendas sin contar otros muchos fuertes de ménos importancia; en los de Aragon ciudades enteras y en toda Europa, va dicho ya, más de 9.000 casas y castillos.

"En Galicia,—escribe el P. Mariana,—tenian á Ponferrada, y EL FARO. En tierra de Leon, Balduerna, Tavera, Almansa y Alcañices. En Extremadura, á la raya de Portugal, Valencia, Alconetar, Jerez de Badajoz, Fregenal, Nertobriga, Capilla, y Caracuel. En el Andalucía, Palma. En Castilla la Vieja, Villalpando. En la comarca de Murcia, Caravaca, y Alconchel. En el reino de Toledo, Montalvan. Demás destes á San Pedro de la Zarza, y á Burguillos: sin otros pueblos, posesiones y casas por todo el reino, que no se pueden por menudo contar."

"Refieren que los Templarios tenian en España doce conventos, de los cuales en una bula del Papa Alejandro III se nombran cinco que son estos: el de Montalvan, el de San Juan de Valladolid, el de San Benito de Torija, el de San Salvador de Toro, y el de San Juan del Otero en la diócesi de Osma. En los archivos de la Iglesia mayor de Toledo, está la citacion que el Arzobispo Don Gonzalo hizo á los Templarios, conforme á la comision que tenia del Papa Clemente. Su data en Tordesillas, á los 15 de Abril del mismo año que murió de 1310. En esta citacion se cuentan 24 Bailías de los Templarios, todas en Castilla que eran como Encomiendas, es á saber: la BAILÍA DE FARO, la de Amotiro, la de Goya, la de San Félix, la de Canabal, la de Neya, la de Villapalma, la de Mayorga, la de Santa Maria de Vilasirga, la de Villardig, la de Safines, la de Alcanadre, la de Caravaca, la de Capella, la de Villalpando, la de San Pedro, la de Zamora, la de Medina de Luytosas, la de Salamanca, la de Alconetar, la de Ejares, la de Ciudad, la de Ventoso, las Casas de Sevilla, las de Córdoba, la Bailia de Calvarzaes, la de Benavente, la de Juneo, la de Montalvan, con las Casas de Cebolla y de Villalba que le pertenecen. Hasta aqui la citacion. Otras Casas, heredades y lugares que tenian debíanse reducir y ser miembros de las Bailías susodichas."

Por los anteriores datos viene á deducirse que Santa Maria del Temple en el pueblo

de FARO en Galicia, ó sea en el BURGO DE FARO era asiento de una Bailia ó Encomienda de las 24 de la corona de Castilla, á la cual se subordinaban diferentes Casas, heredades y lugares; y citándose tambien en Galicia la de Ponferrada, y no formando este pueblo y fortaleza cabeza de Bailia ó Encomienda, segun las enumeradas, es consiguiente que aquel pueblo, castillo y sus anexiones correspondian á *Santa Maria del Temple* en el BURGO DE FARO. Esto ayuda á explicar tambien porque en 17 de Setiembre de 1183 se reunieron aquí en el propio BURGO DE FARO en una junta á la que concurren con el Conde Gomez Gonzalez de Trastámara, los principales gallegos de la Orden del Temple, hasta el número de 24 Caballeros. Por eso mismo cuando el Rey Don Fernando III el Santo quiere que se deshaga la puebla nueva en el BURGO, se dirige al COMENDADOR DE FARO, que no es otro que el COMENDADOR ó BAILÍO DEL TEMPLE; y así le dice en los 4 dias de Enero del año 1235: *Ferrandus Dei gratia, Rex Castellae et Toleti, Legionis et Galleciae, COMENDATORI DE FARO, salutem.*—*Bien sabedes vos que yo os envié mis cartas, que desfizesdes la puebla nueva que faziedes en el BURGO: e mis hermanas las Infantas me enviaron decir que lo non queredes desfazer por mis cartas. Unde vos mando firmemiente, que luego que esta mi carta viéredes, que desfagades de todo punto, quanto y poblastes, despues que vos lo compró el Rey Don Alfonso mio Padre, cuando pobló la Cruña. E si non lo quesiéredes fazer, mando á este Ome de las Infantas.....* (aquí está cortado el pergamino) *Cruña, e á los alcaides, que los desfagan todo quanto que y fué poblado, despues que mio Padre lo compró, ond al non fagan. Si non á ellos me tomaria por ello. Dat. en Palncio Reg. exp. IIIj die Jan. Era M. CC. L. XXIIj.*—que es el año citado de 1235.

Y como todavía en 20 de Setiembre de 1286 acaso la Real Cédula no se hubiese empezado á cumplimentar, de ahí que el Rey Don Sancho IV el Bravo la inserta en otra de dicha data con las palabras siguientes: *Sepan quantos esta carta vieren é ogeren, como nos Don Sancho, por la gracia de Dios Rey de Castiella, de Leon, de Tolledo, de Gallizia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jachen, et del Algarve; vimos una carta del Rey Don Ferrando nuestro Abuelo, fecha en esta guisa.*—Y la inserta del modo que atrás se puso; y termina con el final siguiente: *E nos el sobre dicho Rey Don Sancho, otorga.*

mos esta Carta e confirmámola, e mandamos que cala, assi como ella dice: E porque esto sea firme et estable, mandamos scellar esta Carta con nuestro scello de plomo. Fha. en Lugo, viernes, veynte dias andados del mes de Setiembre en Era de mill e trezientos e veynt e quatro annos. Yo martin Falconero la fis escrevir por mandado del Rey, en el anno tercero, que el Rey sobredicho regnó.—

ESIDRO GONZALEZ.—

Las Infantas, hermanas del Rey D. Fernando el Santo, que se nombran en su Carta al COMENDADOR DE FARO, debian ser DOÑA SANCHA Y DOÑA DULCE, las herederas del trono de Galicia y Leon por el testamento de su padre D. Alfonso IX, las que tal vez á la sazón residian en Galicia y acaso en la misma Coruña, por quien al parecer tanto se interesaban.

Consta por los anteriores documentos que D. Alfonso IX Rey de Galicia y de Leon fué el poblador nuevo de la Coruña y que al efecto compró el BURGO DE FARO al COMENDADOR DEL TEMPLE, con objeto de despoblarlo, sin lo cual su obra no era perfecta. Sin embargo, las dificultades que surgieron están á la vista, cuando pasados 56 años que Alfonso IX había muerto, tenían que reproducirse Cartas-Ordenes para la despoblacion del BURGO; y es muy probable que esto no se realizó del todo ó de una manera sensible, hasta la caída de los Templarios en 1312.

Desde entónces ya no resonaron más en estos valles los clarines de avanguardia de los sagrados escuadrones al marchar á la pelea ó al volver del combate. Ya no se vieron más en su templo de *Santa Maria* colocadas en trofeos las armaduras y banderas arrebatadas al enemigo. Ya no vinieron más á esa casi basilica ni á sus altares las preciosas Reliquias de la Tierra consagrada por la divina planta de Jesus, á manera de la *hidria* bendita de Canaá, del templo benedictino de Cambre, traída de Palestina por Caballeros Cruzados de esta frondosa region. Pronto vino á perecer tambien ese monasterio al mismo tiempo fortaleza, donde á compás de la campana de la noche tañendo á maitines, llamábanles con frecuencia la trompeta á cabalgar para correr en pos de los infieles. La madurez y experiencia de los años y la nobleza y bizarría de lo más florido de la juventud caballeresca dejó de salir por los puentes levadizos de ese Seminario de la Guerra Santa para unirse á la hueste de las

Navas de Tolosa, á las de las conquistas de Córdoba, Murcia, Jaen y Sevilla con sus respectivos reinos, y á los escuadrones de reemplazo para cubrir las frecuentísimas bajas del ejército de la Siria, donde, como en España, los Templarios, valientes y generosos "eran á la vez una Cruzada permanente y un dechado de virtudes caballerescas; donde se les veía prevenir las invasiones musulmanas; hacer de vez en cuando incursiones en sus tieras; combatirles no en una guerra de estratagemas y emboscadas, sino al son de la guerrera trompa y á banderas desplegadas; salir al encuentro de las caravanas que llegaban de Europa y escoltarlas hasta que en seguridad pusieran término al objeto sagrado de su viaje, colocando, en fin, en la pelea entre avanguardia y retaguardia ó sea en el centro del cuerpo de combate á los guerreros recién desembarcados no acostumbrados todavía á la táctica del país." Todo ha terminado ya. La desaparicion y caída de los Caballeros del Temple fué asimismo el toque de agonía de la magnífica puebla del BURGO DE FARO por ellos levantada y con tanto teson y empeño mantenida.

Al registrar los autores, amigos, adversarios é imparciales que tratan de la causa de los Caballeros del Temple, observamos que muchos de los escritores, aun tomando su defensa, por darse cierto aire de imparciales, ó por otros respetos, parece que quieren atemperar, velar algun tanto la fealdad de su abolicion, dulcificando el golpe con la asendereada opinion y argumento de que la Orden había decaído en la observancia de la severidad primitiva de su instituto. Aparte de que en lo esencial, demostraron los Caballeros Templarios como Orden, hasta el fin, toda la generosidad y aliento de su origen, rechazamos con toda la energia de nuestra alma ese considerando, puesto que si lo aceptáramos para la condenacion de los Templarios, tendríamos lógicamente que mirar hoy ó mañana con la mayor indiferencia la caída y abolicion de las más respetables, altas, y hasta sagradas Instituciones cristianas; porque si las comparamos con lo que fueron en los tres primeros siglos de la Iglesia, ese considerando funesto nos haría caer lastimosamente en la tentacion infernal de aprobar la persecucion y exterminio de todo lo decadente, y aun tomar nosotros una parte activa en los actos de esa horrible ceguedad y

desventura que tal vez nos hundiese más abajo del mahometismo y de la gentilidad, porque nos sepultaría en la incredulidad y desenfreno del oceánico salvaje, *caresciente* de toda revelacion y filosofía, es decir que vendríamos à ser mil y mil veces más desgraciados que los paganos y agarenos, porque los mahometanos al fin y los gentiles creen en la existencia de la Divinidad, y à la Divinidad, privada y públicamente rinden culto.

¡Desdichado el hombre cuyos ojos del alma se cegaron para la luz del cielo!

¡Desventurada criatura cuyo corazon ya no percibe el consolador rocío del divino culto, ni el aroma suavísimo de la flor de la esperanza!

Perdonad à mi profano lábio, sagrados espíritus de los más ilustres y generosos Caballeros, que velais los sepulcros del Temple en las florestas de Galicia y en el resto del Orbe. Cenizas venerandas de los cristianos campeones de Ascalon y de Salem, de Ramlah y de Gaza, de Margat y de Nazareth, del vado de Jacob y de Tiberiade, de Arsof y de San Juan de Acre, de Damietta y de Limisso, de Úbeda y de Mallorca, de Nicosia y de Mansourah, de Safad y de Cesarea, de Arado y de Pamfilia, de Sidon y de Valencia, de Chiprey y de Antoquia, cenizas venerandas, descansad en paz. Descansad en torno de la Cruz inolvidable de vuestros ínclitos blasones, bajo el brillante laurel de vuestras victorias, à la sombra del excelso estandarte de vuestras campañas. Reposad, oh sagradas Cenizas, envueltas en el albo manto de la esclarecida Orden, ora hayan sido sepultadas en lo que fué aquí vuestra Iglesia de *Santa Maria del Temple*, ora hayan caido en las abrasadas arenas de los desiertos de la musulmana Siria, ora, en fin, hayan descendido del cadalso à las hogueras de los Mártires en la cristiana Lutecia. El ángel custodio de los muertos defiende con su flamígera espada vuestras sepulturas y cobije amoroso bajo sus alas de armiño, las Reliquias de los héroes de la perinclita Orden, inmortal por sus hazañas, memorable por sus desventuras.

Antonio de la Iglesia.

Coruña.

NOTA.—En el núm. IV de estos artículos se ha deslizado, entre otros, la errata, en la pág. 218, columna 2.ª, línea 53, *Montese de Portugal*; léase solamente *Montesa*.

DISQUISICION HISTÓRICO-GEOGRÁFICA
DE LAS
REGIONES MERIDIONALES DE GALICIA. (1)

(Continuacion)

IX.

Poco más de un siglo habian pasado nuestros celtas en posesion pacífica de su incipiente poblacion, cuando los Galos, diseminados por la península Española, fueron poco à poco recorriendo los límicos confines hasta hallarse confundidos con aquellos hospitalarios hijos de la Celtiberia. Ocultos bajo la capa del mendigo y por ella hipócritamente escudados, apuraron hasta el extremo su sagacidad para introducir armas y municiones; y los celtas sorprendidos cuando menos lo esperaban, hubieron de compartir con los perspicaces galos, sus haciendas y sus hogares.

Algun tiempo despues, unidas ambas razas, formaban un solo pueblo, cuyas posesiones defendian con indomable heroísmo, y segun Silio Itálico, tenian como ocupacion indigna de hombres, todo lo que no fuese el ejercicio de las armas: *Segne viris quid quid sine Marte gerendum est.*

El renombrado geógrafo Estrabon reconoce en estos gallegos la condicion de sumamente belicosos, al decir que las madres obligaban à sus hijos à tomar las armas saliendo ellos los primeros contra el enemigo y cuando no con el ejemplo, hacianles patentes las hazañas de sus padres, à cuyas exhortaciones sus ánimos enardecidos se lanzaban à las batallas.

Por este tiempo, la Grecia, posesionada desde el istmo de Corinto y septentrion de la Tesalia, estendiase por las riberas del mar Egeo y poblaba con sus gentes las ciudades de Croton, Atica, Beocia, Tarento y otras muchas comprendidas desde el mar de Venecia à la Italia, y desde Argel y montes Acroceraunios hasta los confines de Constantinopla.

Mal contentos aún los avaros griegos con tan extensas posesiones y ansiosos de descubrir nuevos horizontes en que ejercitar sus ciencias, dispersáronse en tribus por Europa, y una vez en España, atraídos por la frondosidad de las campiñas gallegas, vinieron à fundar las ciudades límicas de que hicimos mérito, y à mejorar con su

(1) Véanse los números 10, 11, 13 y 14 de la REVISTA DE GALICIA.

ilustracion otras que los Celtas iban acreciendo à medida que sus facultades se lo permitian. Tal fué la que vamos describiendo, considerada bajo las diferentes fases à que la sometian sus dominadores.

La colonia griega à quien tocó la exploracion del territorio lusitano, persuadida de la buena posicion y condiciones del pueblo de la Encina, inquietó en su posicion à los galo-celtas que hermanados la habitaban.

Apoderàronse del mando de la poblacion y empezaron por variarle el nombre primitivo, sustituido desde entonces, con el de Cinnania, en conmemoracion "tal vez de la Cinnana que por este tiempo existía en el Peloponeso, cuya fundacion se atribuye al gigante 'Cinno". Reedificaron de tal modo en su mayor parte los caseríos, que en pocos años Cinnania habia sufrido metamórfosis completa, y muy luego se halló cercada de un robusto muro cuyos fuertes, fijados de trecho en trecho, dominaban completamente la ciudad; y montada en regla la policia urbana, echábase de ver la esmerada limpieza y aseo, por el que cuidadosamente vigilaban.

Velanse jardines amenos en todas direcciones, y el buen gusto se revelaba à cada paso esmaltado por la variedad sorprendente de las flores, y en la caprichosa simetria que las ordenaba.

Dos portadas colosales abiertas en la muralla facilitaban la entrada por Oriente y Occidente, amparadas por antemurales y baluartes que se alzaban à su lado, y otras dos pequeñas puertas practicadas en la parte superior é inferior del murallon daban salida expedita à las llanuras de Montelongo y orillas del rio que se avecina.

Cuatro columnas estriadas sostenian en cada una de estas puertas, una torre semejante à la conocida con el nombre de *Linterna de Demóstenes* en Atenas.

La entrada principal de Oriente ostentaba en bajo relieve, cinco estatuas perfectamente cinceladas, representando la del centro, à Eolo en actitud de desencadenar los vientos. Asomábase sobre su cabeza el Sol, y al lado de la derecha se veia al *Schiron* ó Noroeste que calzado con botas de viaje sostenía en la mano izquierda una urna volcada, y extendia la derecha en direccion del espacio que pretendia recorrer. Al mismo nivel de la parte opuesta mirábase gallarda y agradablemente la esbelta figura de un jóven que representaba al vien-

to *Céfiro*: tenia desnudos el pecho y ambas piernas, y con sus manos derramaba flores que su madre la Tierra recibía. Seguíale el viejo y ceñudo *Bóreas*; colérico, arrebujaado en su manto pardo, tapándose hasta los ojos el rostro, parecia lanzarse con irascible furor en busca del polo septentrional; por último, el *Abrego* simbolizado por un jóven de mediana estatura, vestia de pieles plegadas por un cinturon en cuyo alrededor se divisaban tres signos del Zodiaco; sostenía algunas flechas afiladas en la mano derecha y con la izquierda sujetaba una vigorosa rama de Alméz. (1)

En la puerta de Occidente, destacábase tendida sobre su ojiva la figura de un achacoso anciano de melenas largas, cuyos rizos descansaban en ancha vega circundada de abruptas montañas.

Extendíase perezoso hasta bañar los gotosos piés en un Océano de pujantes olas, y en algunas protuberancias de su rugoso tronco, permanecían sentados hermosos niños de faz alegre y juguetona.

Las piernas del valetudinario, separábanse algun tanto para dejar en medio pequeñas prominencias de tierra y abedules gigantes. Su semblante sereno y apacible, parecia sellado por el beso de las generaciones, y en su epidermis rugosa veíanse arterias prolongadas dando curso à raudales de abundancia.

Esta figura secular era el emblema del rio Limia que serpeaba à corta distancia de Cinnania, y los rollizos niños, simbolizaban multitud de riachuelos cristalinos que concurren con su caudal à rendirle tributo.

Pasada esta entrada occidental de la ciudad, hallábase un espacioso jardin con nueve figuras de mirto, representando al natural el acto memorable en que *Caco* robaba à Hércules los cuatro toros y otras tantas vacas, que este conducía à Italia desde Galicia, despues de la batalla con Geryon. Era de ver como el famoso ladron del Aventino, sujetaba por las colas à aquellos corpulentos brutos, obligándoles à correr hácia atrás para desorientar à su terrible perseguidor.

Al primer golpe de vista y en el punto más céntrico de la ciudad, mirábase en su extension una magnífica y espaciosa plaza circundada de jardines cuajados de innu-

(1) Arbol de los celtas.

merables flores, con primoroso gusto colocadas; y era tal la elocuencia que brillaba en el mudo lenguaje de tan sublime vegetación que, los mismos naturalistas Linneo, Tournefort y Jussieu, nada hubieran echado de menos, desde la airosa y gentil palmera, à la más agreste y humilde violeta. En el punto medio de este vergel prodigioso alzábanse sobre dos altivos pedestales dos estatuas gigantescas que en su abstracción solemne parecían sostener una misteriosa é importante confidencia.

Describiremos con Winkelmann la primera de estas dos figuras que representaba al Dios Apolo, cuya estatura era superior à la del hombre y respiraba en su actitud una calma magestuosa. Una eterna primavera como lo que se respira en los campos Eliseos, revestía de amable juventud las varoniles formas de su cuerpo, y brillaba con dulzura en la graciosa estructura de sus miembros. La augusta mirada, partiendo de la excelsitud de su alegría, perdiase en lo infinito. El placer se manifestaba en sus labios: en su frente se reflejaba una paz inalterable y sus ojos llenos de dulzura parecían parpadear bajo la marmórea frente, à la cual se asomaba el pensamiento. Amparaba con el brazo izquierdo la lira, cuyo plectro sujetaba con la mano, y sostenía en la derecha una copa de oro y una corona de laurel: con la primera brindaba al risueño compañero à que apurase el néctar de los Dioses y con ésta, simbolo de la inmortalidad, pretendía perpetuar las más grandes y melodiosas armonías que ha producido el génio de la antigüedad.

La otra estatua representaba à un hombre de gentil apostura; una túnica de pieles, de correcto corte griego, pero de factura céltica, como el resto del traje, lo cual se echaba de ver en la montera que lo completaba, bajábale hasta la cintura en donde se plegaba, descendiendo luego hasta la rodilla. Parecía oprimir con el brazo derecho un fuelle del que partían dos tubos; de estos pendían dos hilos de hiedra sujetos à los extremos del tubo menos corto. Su mirada reflexiva tendida sobre la lira de Apolo, parecía sorprenderse del religioso silencio en que permanecía ante su instrumento tosco y mal pulido. ¿Quién era pues, este raro personaje?... Saludemos à *Philomelo* inventor de la *Alborada*, al autor de ese poema inmortal sorprendido à la naturaleza en el solemne momento de su des-

pertar, poema sublime como un misterio legado hasta nosotros à través de tanto siglos, eternamente bello, eternamente admirable, poema bastante à immortalizar un pueblo, porque segun la gráfica expresión de un distinguido gallego (1) ninguno como él atravesò las edades "escrito en el aire." En el aire nos lo han legado nuestros progenitores y el aire en su fluidez elástica supo transmitirlo de unas en otras generaciones. El aire llevò sus sonoras melodías por las revueltas de nuestras montañas, y el aire envuelto en los resortes candenciosos de la *Alborada*, arrancò poesías de los ecos que moraban en las concavidades.

Benito Fernandez Alonso.

Orense, 1880.

(Se continuará.)

IMPRESIONES SANTIAGUESAS.

UNA JOYA DEL ARTE RENACIENTE.

(Conclusion.)

Mirándole tan reposado y digno en su actitud, acordéme del vencedor de Cerinola, héroe de piedra de la inimitable leyenda de Becquer, *El beso*. Qui en haya leído las fantásticas narraciones del poeta sevillano, recordará aquella en que un jóven oficial del ejército invasor de Napoleon, obligado à alojarse y pasar la noche en la iglesia de un convento, se enamora locamente de una estatua orante de mujer hermosísima que allí encuentra; habla de ella à sus compañeros de guarnición, la pinta con vivos y mágicos colores: primero se burlan de tan extraño amor, pero después, movidos ya de curiosidad, deciden ir la noche siguiente à conocer à la dama de mármol que robò à su amigo el sentido. Acuden, en efecto, à la vieja iglesia, cuyo lóbrego recinto ilumina la escasa claridad de una linterna. En el fondo del arco sepulcral ven à la dama, que à todos sorprende por su belleza maravillosa. Pero la iglesia está fría y húmeda; encienden para calentarse una gran fogata hecha con trozos de la rica sillería tallada del coro, se sientan al rededor de la lumbre, destapan botellas y corre el espumoso Champagne, trastornando las cabezas; el grupo de militares se anima, unos cantan báquicas canciones, otros profanan con gritos y blasfemias la nave solitaria. Entretanto el Capitán francés bebe como

(1) D. José Ogea.

un desesperado sin apartar los ojos de la estatua que al rojizo resplandor del fuego parece una mujer real, y dijérase que se ruboriza ante el sacrilego espectáculo. Los vapores de la embriaguez turban el cerebro del oficial, que levantándose, va á ofrecer una copa de *Champagne* al noble guerrero de piedra arrodillado junto á la dama. Sus compañeros reprenden su osadía, y él, más exaltado cada vez, exclama mirando á la efigie de mujer. "Miradla, miradla. ¿Queréis más vida, queréis más realidad? Esa mujer de piedra parece incitarme con su fantástica hermosura... Un beso... sólo un beso tuyo podrá calmar el ardor que me consume..." Y se dirige á la estatua con los brazos abiertos, como fuera de sí; pero en el mismo punto de tocarla cae al suelo, ensangrentado y deshecho el rostro. El inmóvil guerrero, alzando la mano, derribárale con una espantosa bofetada de su guantelete de piedra.

No es menos majestuoso, varonil y heroico en su reposo este guerrero que veo en San Lorenzo que el que describió Gustavo Becquer, ni la hermosura fantástica y extraña de la doña *Elvira de Castañeda* es inferior á la de doña Leonor Manrique, cuyo bulto estoy mirando. Y por qué no ha de haber sido esta misma estatua la que inspiró al cantor de las *oscuras golondrinas* su leyenda? Esta estatua se encontraba en Sevilla: allí debió haberla visto Becquer mil veces; allí esta peregrina beldad, eternizada en el mármol, debió haber fijado sus ojos, encendido su fantasía, arrebatado quizá su corazón en amor insensato y quimérico, soñado é ideal. Algunas señas de las que en la leyenda hallamos coinciden singularmente con las suyas, afianzando nuestra presunción. La doña *Elvira de Castañeda*, de Becquer, se hallaba en un convento, y convento era San Francisco, de donde fué traída doña Leonor Manrique; la época es la misma: se trata de un guerrero, título de Castilla, que se halló en Cerinola y fué compañero del Gran Capitan, señas todas aplicables á D. Francisco de Zúñiga; por último, ambas estatuas se destacaban, dice Becquer, en el fondo de un arco sepulcral de mármoles negros, y yo veo esparcidas aquí las anchas losas de negro mármol recogidas en el convento, y sobre las cuales volverán á campear en breve las estatuas. Mas la prueba moral, poética, artística, interior y para mí más que todas plena y

clara de que son una misma la doña *Elvira* del poeta y la doña *Leonor* que contemplo, la encuentro en la admirable identidad de impresion que me produjo esta estatua al mirarla, y la narracion de Becquer al leerla. Apenas hube fijado mis ojos en la estatua, me asaltaron vagas pero hondas reminiscencias, de las que el mismo Becquer expresa en uno de sus delicadísimos versos, diciendo:

.....
 ¡Yo no sé si ese mundo de visiones
 vive fuera, ó vá dentro de nosotros;
 pero sé que conozco á muchas gentes
 á quienes no conozco!

Sin haberla conocido jamás, en efecto, conocía yo muy bien en el mundo de visiones evocado por aquella musa soñadora, que en tan afortunado consorcio une el Norte con el Mediodía, á doña Leonor Manrique. No podía engañarme ni confundir con otro alguno "su rostro ovalado, en donde se vé "impreso el sello de una leve y espiritual "demacración, sus armoniosas facciones llenas de una suave y melancólica dulzura, "su intensa palidez, las purísimas líneas "de su contorno esbelto, su ademán reposado y noble...." Si, no es vano y caprichoso delirio de la imaginación; realmente existió, y tengo ante mí el tipo de perfecta hermosura, la beldad que inflamó el alma de Becquer. El mármol en que está tallada es finísimo y trasparente alabastro, y el tiempo, comunicándole leve tinte amarilloso, semejante á la ebúrnea palidez del rostro de las reclusas, ayuda á la tenaz ilusión que se niega á creer del todo inerte la piedra, y le presta la vida incomprensible y extraña infundida por el soplo creador del arte, vida que no se explica, pero se siente, sobre todo--añade el poeta sevillano con un rasgo de humorismo,--después de haber bebido un poco. Doña Leonor Manrique, que á juzgar por su estatua debió en realidad ser la mujer más notable de su siglo, está de rodillas (1), bizarramente ataviada; largo brial con corpiño de púdico y redondo escote, recamado de franja de bordado que lo rodea y desciende por entre los honestos senos y se abre sobre plegada camiseta de tela con ricas randas y menu-

(1) Inserpcion de la lápida sepulcral de doña Leonor Manrique:

aquí iace la muy ilustre señora Leonor manriiq i de Castro, marqsa de aliamonte hija del muy ilustre señor don pedro manriiqz dñq de natura i de la muy ilustre señora doña yolanar de castro, doysa de ntiara mujer del moi ilustre señor don francisco conya y de gozman, marqs de aliamonte.

da y escarolada gola; anchas mangas perdidas, abiertas sobre las interiores de lino, sujetas de trecho en trecho por gentiles lazadas; ceñidor de seda con borlas de oro, pendiendo sobre la falda; soberbio collar de margaritas y diamantes alternados, en cuyo centro cuelga una gruesa perla de forma de calabaza; gran cadena de oro filigranado con primoroso joyel en el centro; rosario de gordas cuentas à la cintura; sortijas con grueso brillante en los índices de las unidas manos. Mas con ser tan rico el tocado de la estatua, apénas se echa de ver su primoroso lujo: no son estos detalles lo que primero se nota, como sucede con las recargadas estatuas de la época de Felipe IV. Al contrario: la impresion que produce es la de una sencillez suprema, de una idealidad que flota por cima del realismo de la minuciosa ejecucion. Lo que fija la mirada es el largo velo y tocas que, à despecho de la rigidez del mármol, parece que ondulan; la nobleza y gracia del delicado cuerpo; las torneadas manos, mutiladas en mal hora; la garganta castísima, surgiendo del plegado cabezon de la camiseta como fresca azucena de entre el follaje; y sobre todo la cabeza, la divina cabeza: la frente, semejante à una concha de nácar, sobre que forma vagas y suavísimas ondas medio deshechas el cabello, las puras facciones, la dulce melancolia de la expresion, el óvalo del cándido contorno, la misteriosa sonrisa que entreabre la flor de los lábios... Es, digo yo sin poder olvidarme de Becquer, una verdadera dama castellana, que por un milagro de la escultura parece que no la han enterrado en su sepulcro, sino que aún permanece en cuerpo y alma de hinojos sobre la losa que le cubre, inmóvil, con las manos juntas en ademán suplicante, sumergida en un éxtasis de místico amor.

Yo tambien me quedo inmóvil mirando tan peregrina escultura, hasta que cuantos me acompañan, y hasta la formal Duquesa, convienen en que es hermosísima doña Leonor. La Duquesa me dá el facsímile de la firma de la dama de mármol, que dice así: (1)

"las manos de Vtra. magestad besa
Doña Leonor manrique" (2).

(1) En la *Ilustracion Gallega y Asturiana*, donde por primera vez aparecieron estos artículos, se publicó tambien reproduccion exacta del facsímile.

(2) Archivo de Simancas, 10 de Marzo de 1880.—Copia exacta tomada por Bernardo Barreiro de V. V.

Brocos, como artista, simpatiza con mi entusiasmo, y boceta rápidamente un dibujo de la cabeza de la estatua, que yo guardo en mi cartera; y poco después, cumplida nuestra mision, nos despedimos de aquel lugar, que será muy luégo punto de romería para cuantos amen en Galicia el arte. La Duquesa, que ha fletado un buque para trasportar à Galicia este magnífico retablo y que gasta cuantiosas sumas en su restauracion é instalacion, merece bien de Galicia, bien de los artistas, y aún de los soñadores que quieran recordar à Becquer y olvidar un instante las prosas de la vida.

Y ya que à la prosa volvemos, no quiero dejar de consignar que el Duque actual de Medina, un Ayamonte, sigue en toda regla el curso de Derecho en la Universidad Compostelana. Su excelente madre suspira por el dia en que el descendiente del vencedor de Cerinola suba à estrados y defienda un pleito, sana y provechosa aspiracion en este pais donde aún hay quien supone à la hidalguia y la ignorancia amigas inseparables. El jòven Duque podrá decir que ha cumplido con los deberes que le impone su alta clase, sin desmentir las tradiciones de su familia, cuando ponga al lado de los guerreros trofeos de Don Francisco de Zúñiga los pacíficos lauros de la Edad Moderna.

Emilia Pardo Bazan.

Santiago, Marzo de 1880.

LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAIS DE SANTIAGO.

Entre las gratas impresiones que hemos recibido en Santiago durante las fiestas del Apóstol, que acaban de tener lugar en aquella antigua y monumental ciudad, fuélo, y de las más gratas, la visita que hemos hecho à la Sociedad Económica, establecida en uno de los ángulos del magnífico monasterio de San Martin Pinario, convertido hoy en Seminario Conciliar.

Es esta Sociedad el elemento más sólido y legítimo que en Galicia trabaja por su prosperidad y bienestar; ella, ha interpretado y realizado siempre con acierto los deseos de su régio fundador, y à ella se debe el pensamiento del primer camino de hierro que llegó à cruzar nuestros variados y hermosos valles; como se vé en el dia en el pequeño trayecto de Santiago al Carril.

¡Lástima grande, que las rivalidades de entónces con la capital de la provincia, no

permitiesen comprender à los buenos patrios, patrocinadores y fomentadores de la idea, la conveniencia de que el camino que proyectaban, partiese de Santiago à la misma capital, cuyas ventajas reconocen hoy todos los hombres imparciales y que están muy por encima de las mezquinas rivalidades de localidad...! ¡Cómo si todos no fueran hijos de una misma region y no contase cada pueblo con sus elementos de vida que le caracterizan y constituyen su riqueza, à cuya explotacion deben dedicarse...!

Por iniciativa de la Económica reunióse, tambien, en sus salones el primer y único Congreso agrícola que tuvo lugar en Galicia: allí se debatieron grandes y trascendentales problemas para la prosperidad de esta region, y tomaron parte en los debates oradores tan notables como Obaya, Justo Pelayo Cuesta, Juan M. Paz, Montero Rios y Linares Rivas, que muy joven todavía, demostró en aquella ocasion las grandes facultades oratorias con que hoy se distingue en el parlamento.

No recordamos haber visto nunca reunida en una ciudad gallega, tan escogida y notable concurrencia de dentro y de fuera del país, como en aquella ocasion: en los anales de la Sociedad, en los del pueblo compostelano será este hecho una de las páginas más brillantes. Con placer consignamos en estas líneas, que allí nació el pensamiento de facilitar los medios de tener una Historia de Galicia, à cuyo efecto se presentó una proposicion firmada por don Juan Manuel Paz, si no recordamos mal, y el que suscribe este artículo, encaminada à aquel objeto: concluyendo à que, dadas las especiales circunstancias que concurrían en el Sr. D. Manuel Murguía, se le recomendase à las cuatro Diputaciones provinciales, quiénes le subvencionasen durante algunos años para escribir la precitada Historia. Los dos notables tomos publicados por dicho señor, no han desmentido del todo las fundadas esperanzas de los firmantes de aquella proposicion.

No ha sido nunca obstáculo para que esta Sociedad haya dejado un momento del amparo de los intereses que le están encomendados, lo crítico de las circunstancias por que atravesó en varias ocasiones nuestra patria; en periodos bien tristes por cierto hemos visto acudir puntualmente à las sesiones à sus dignos socios. Era aquel lugar como centro neutral, donde se daban

la mano y compartian tranquilamente sus tareas hombres bien contrarios en ideas políticas, lo cual parecia como que llenaba de consuelo el corazón atribulado por los males que afligian à la nacion. Las artes, las ciencias, la industria servian entonces de lenitivo para curar las heridas que fuera de allí causaban las exigencias y desvarios de la revolucion triunfante.

Tampoco podemos dejar de mencionar las conferencias populares que acordadas por la Económica, daban por la noche los distinguidos socios, à los artesanos é industriales, sobre varios ramos del saber, como historia, matemáticas, física y geografía; à las que concurrían con asiduidad, prestando à ellas la mayor atencion y compostura, de la que todos estábamos admirados, por ser los momentos aquellos en los que se consumaba la más grave de las revoluciones que se han verificado en España en nuestros días.

Recordamos à la vez con gusto, las sesiones ordinarias que tenían allí lugar, en las que tomaban tanta parte en los debates, los socios más venerables por su edad y ciencia, algunos de entre ellos nuestros maestros, que suspendían sus diarias é importantes tareas científicas, para consagrarse con un ardor y un entusiasmo, que más de una vez nos ha llenado de admiracion, al bien del país y utilidad del pueblo.

Todo esto, que así tan de corrida y de ligero escribimos, representósenos en la imaginacion al recorrer el local de la Sociedad Económica, despues de algunos años de ausencia de nuestro pueblo natal.

Es costumbre que en aquellos días se adjudiquen los premios à los alumnos y alumnas que hayan merecido esta distincion en las diferentes escuelas que allí tiene establecidas la Sociedad: con este motivo hemos visto en el salon bajo la coleccion de dibujos de figura, adorno y flores que han sido premiados; notables algunos de los primeros por la seguridad de los perfiles, soltura y expresion con que están hechos y buena disposicion del claro-oscuro, especialmente las copias del yeso.

Los adelantos que hemos observado en esta Academia, respecto à lo que se hacía en otros tiempos, demuestran el acierto de nombrar al Sr. Brocos para profesor de aquella escuela. Artista distinguido, cuyas obras merecieron debidos aplausos en el extranjero, es un digno sucesor de los Her-

nandez, Ferreiros y Silveiras; de su talento y laboriosidad es de esperar consiga, no solo sacar discipulos aventajados que sigan sus huellas y honren al pais en que han nacido, sinó tambien formar *escuela* en Galicia, que es en lo que debe poner su empeño y de lo que estamos más necesitados.

En este mismo local puede ver el aficionado à antigüedades, una *columna milliaria*, traida hace algunos años por solicitud de la misma Sociedad, y que fué hallada en el camino del Puente Ulla, con la inscripcion bien conservada, que ha sido interpretada por el erudito é ilustrado canónigo Sr. Lopez Ferreiro.

En el salon principal donde--à la vez que sirve de biblioteca--tienen lugar las sesiones, hemos tenido el gusto de ver el precioso trabajo à la pluma del célebre miniaturista Ramoné, que consiste en un retrato de D. Melchor Prado, notable arquitecto Compostelano de últimos del siglo pasado, padre del no ménos notable D. Casiano, distinguido escritor é Ingeniero de minas, muerto en Madrid hace pocos años. Habíamos oido elogiar mucho la obra de Ramoné, pero nunca imaginamos fuese una obra tan perfecta y acabada: nada deja que desear; y una vez que la Económica ha tenido la fortuna de ser depositaria de tan bello trabajo, lo recomendamos à su probado celo por la conservacion de las obras de arte.

Tambien hemos visto en el mismo salon otro retrato de Prado en miniatura sobre marfil, que lo representa algo más jòven y està firmado por Ramoné.

La biblioteca, formada con la base de algunos volúmenes que pertenecieron à diferentes conventos, se fué enriqueciendo con varios donativos y adquisiciones posteriores. Entre los primeros, merece especial mencion el que hizo D. Ramon de la Sagra, pocos años antes de morir, y consiste en una coleccion de libros sobre ciencias é industria, que vinieron à llenar el vacío que se notaba en este ramo tan importante y más conforme con la indole de los estudios à que se dedica la Sociedad. Su retrato al óleo y en reducido tamaño, pintado en Paris, se ve colocado sobre uno de los estantes de la biblioteca. Este distinguido economista, una de las glorias de Galicia, yace en tierra extranjera; sus restos descansan en uno de los Cantones Suizos, donde fué à terminar sus dias pobre de salud y de recursos, sin deudos ni amigos, más que el

pobre Abate que le consoló y auxilió en sus últimos momentos y à quien se debe la noticia de su muerte, que sin él quedaría hasta ignorada.

Lo más notable que encierra aquella biblioteca, despues de alguna que otra edicion de principios del siglo XV, (como un ejemplar de la Gramática Latina de Nebrija) es la coleccion de folletos reunidos por uno de los más laboriosos individuos de aquella corporacion, el curioso bibliógrafo santiagués D. Manuel Vazquez Acebo, cuya muerte hemos lamentado por las buenas y raras cualidades que le distinguian. Esta coleccion, sin embargo, adolece del gravísimo defecto de no poder ser consultada con fruto à causa de hallarse los folletos en que consiste, encuadernados sin orden ni concierto: en cuanto pueda enmendarse esta falta será digno de estima por estar en su mayoría impresos en Galicia.

El resto de aquel reducido, pero aprovechado local, està destinado à las Academias de francés y de música, y à la escuela de adultos. La de música cuenta con excelentes profesores, y tiene un material completo atendiendo à los cortos recursos con que cuenta la Sociedad. Esta, como puede observarse por lo que llevamos escrito hasta aquí, no solo se ocupa en promover el fomento de la agricultura y de la industria, sinó tambien con plausible celo, en despertar la aficion à las bellas artes.

Sin más objeto que el bien del pais, y muy por encima de toda pasion política y aún de afecciones indiscretas de localidad que esterilizan la obras y proyectos mejor pensados, atiende y procura en su limitada esfera à todo cuanto conduzca à los fines de su instituto, patrocinando las mejoras y proyectos de reconocida utilidad y haciendo oír su voz amiga cuando lo considera necesario ó es consultada por los poderes del Estado.

Siempre ha sido ese su lema y lo es hoy, si cabe, con más entusiasmo por la actividad é inteligencia del Ilmo. Sr. D. Salvador Parga su digno Director, que no perdona medio alguno de levantar la Sociedad à la mayor altura compatible con los medios pecuniarios de que dispone. Sabe comunicar à los demás sócios, el celo é interés que le anima por tan benéfica corporacion; los cuales responden movidos por idéntico espíritu.

El Sr. Parga es hoy el alma y vida de la

Económica y fiel sucesor de los esclarecidos fundadores, á quienes imita en el patriotismo y en el entusiasmo que siente por ella. La ciudad compostelana débeles á todos gratitud; sus fuerzas hoy algo abatidas por el rigor de los tiempos, tienen que esperar mucho de una Sociedad que le ha dado y proporcionado periodos de esplendor y brillantéz: necesita solo que poniéndose de parte de los dignos sócios que la dirigen y sostienen, contribuya á su propio engrandecimiento participando de su espíritu patriótico.

Los pueblos no viven en el silencio, ni recordando solo sus antiguas glorias y laureles, sino en medio del movimiento y la vida que le dan los intereses materiales debidamente atendidos: un pueblo pobre está más en camino de faltar á sus deberes sociales y morales, que un pueblo rico y próspero: por eso creemos que al fomentar las industrias y el comercio, se ayuda al orden y á la moralidad.

El trabajo y la industria bien dirigidos son lo que necesita nuestro país; porque el trabajo inconsciente y de rutina, fatiga sí, pero no aprovecha ni presta utilidad. La indolencia y la apatía por las mejoras útiles y por las predicaciones de la ciencia, es signo seguro de ignorancia, rémora la más poderosa de todo adelanto. Las sociedades económicas facilitan y abren el camino á la industria, á la agricultura y á las artes; de aquí que sus avisos y recomendaciones deben ser oídas y atendidas por los que quieren progresar y relegar al olvido erróneas prácticas y preocupaciones que falsamente han sido atribuidas sin excepcion á nuestros padres, y muy contra razon, puesto que ellos las combatieron antes que nosotros; cúlpese, pues, á los ignorantes y mal avenidos con toda clase de novedades, que los hubo y hay en todos tiempos y ocasiones y en todas las clases de la sociedad.

Ponemos aquí fin y término á nuestra tarea de hoy, porque no nos hemos propuesto hacer una historia de la Sociedad Económica de Santiago, (trabajo harto notable y genuino y que honraría á quien lo realizase) sino simplemente dar cuenta á los habituales lectores de LA REVISTA, de las breves impresiones recibidas en la corta visita que hemos hecho al local de la Económica.—Tan de prisa fué, que ni tiempo tuvimos de tomar el más pequeño apunte, guiándonos solo para trazar estas lí-

neas, por los recuerdos de otros días en los que con tanta asiduidad y placer frecuentábamos aquel lugar, caro para nosotros.— Por cuya razon fácil será que hayamos incurrido en algunas inexactitudes y omisiones, aún de detalles importantes, que solo deben atribuirse á la falta de memoria y preparacion conveniente, como la necesitábamos para que la obra correspondiese dignamente al asunto en que hoy nos hemos ocupado.

Ramon Segade Campoamor.

Coruña, 1880.

LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE LA MECÁNICA QUÍMICA.

I.

Generalidades.

Ninguna ciencia, como la Química, presenta hechos estudiados con más minuciosidad, que ofrecen rico caudal de materiales, de depósito inmenso, del cual la hábil mano del generalizador puede sacar los fundamentos de las síntesis científicas; pero también ninguna otra de las ciencias naturales ha presentado, hasta ahora, más desorden; porque la Química no era una serie de principios ó leyes perfectamente enlazadas y dependientes todas de un principio generalísimo, más ó menos hipotético, sino coleccion de monografías y archivo de hipótesis sin fundamento, de interpretaciones caprichosas y de equivocadas leyes. Parece que el cuidado de los químicos más se ha dirigido al estudio minucioso del detalle, á la investigacion de lo que en sí es el puro hecho, sin ver enlace alguno en aquello que debe estar muy unido, sin elevarse jamás á la ley, á la generalizacion y á la síntesis, mirando al hecho únicamente, al material, al andamio del edificio científico, sin pretender nunca remontarse como el águila y ver de una vez todo el conjunto de la ciencia ya hecha y formada y apreciar sus últimos alcances. Descubrieron maravillas en el mundo del hecho; pero jamás han pasado del análisis á la síntesis, del fenómeno á la ley. Semejantes al que no ve nada más allá del mundo infinitamente pequeño, que observa en el campo del microscópio; parecidos al que investigando los cielos sólo estudia cada planeta aislado, que no ven, el uno, detrás de un protoplasma, una vida y un hombre y la humanidad entera y el otro no presiente en cada planeta un mundo y en cada

estrella un cielo, no han visto en la combinación más que una especie de deseo atómico satisfecho, una energía destruida, un sistema trastornado para crear otro sistema; y así fueron causa de la combinación sucesivamente, las afinidades electivas, especie de predilección de unos átomos por otros, la energías eléctricas y las sustituciones, sin que nadie haya sabido nada de cierto y seguro sobre esa fuerza que une cuerpos diferentes y á la que se ha llamado *afinidad*.

Si la Química ha de ser una ciencia, cuyos fenómenos se estudien con arreglo á principios racionales, es necesario elevarse á concepciones más altas que el minucioso determinismo del hecho, es preciso establecer síntesis y leyes generales, conforme á las que los fenómenos se verifiquen y predigan, no al azar, sino á virtud de procedimientos enteramente lógicos y racionales. Del mismo modo que en Astronomía el principio de la gravitación universal es como el punto en donde se enlazan todas las leyes que rigen el movimiento de los cuerpos celestes, así es necesario hallar en la Química un principio ó ley general que determine las leyes de todo estado de fuerza en la combinación.

Mas, ¿cómo buscar este principio racional? ¿Qué métodos van á emplearse para reunir el mayor número de hechos en el menor número posible de leyes ó principios generales? No hay más que un medio, no se conoce más que un camino; la experimentación: esto es, la medida.

Detengámonos un momento en esta cuestión del método.

Cuando yo afirmo que el experimento es medida, es porque creo que hay en los fenómenos de la Naturaleza solamente diferencias cuantitativas. Así como la cantidad de movimiento de un móvil se aprecia, en Mecánica, por el impulso recibido, de igual manera, en cualquiera de los órdenes de fenómenos naturales, no se hace otra cosa que determinar estados de fuerza, cantidades diversas de energía desarrolladas ó gastadas en cada hecho que se observa. Para comprender esta idea vamos á tomar como ejemplo los cambios de estado del agua. A una masa de hielo suponemos que se le calienta, el calor comunicado determina su liquefacción, y si al líquido se le comunica más cantidad de calor, se evapora y concluye por convertirse en gas; cierta-

mente que cada uno de estos estados corresponde á una cantidad de calor absorbido, ó lo que es igual, á una porción mayor ó menor de energía ó fuerza viva empleada; pero si invertimos el fenómeno, y partiendo del agua en vapor, vamos quitando calor, el cuerpo se enfriará y del estado gaseoso llegará al sólido pasando por el líquido, restituyendo, al mismo tiempo, las cantidades de energía empleadas en las primeras transformaciones; luego un estado no se diferencia de otros sino por la mayor ó menor cantidad de fuerza viva desarrollada ó absorbida. Según esto, lo que para nosotros aparece como distinto y se presenta como sustancialmente diferente, no es realidad por otra cosa más que por un diverso estado de fuerza, por una mayor ó menor cantidad de energía. Del mismo modo que en Mecánica la diversidad de movimientos se aprecia por la diferencia de velocidades, y de aquí que todo el estudio que tenemos que hacer es meditar estas diferencias; de esta manera, al modo que la diferencia de peso puede darnos la distinción entre unos metales y otros, la diversidad de los estados de fuerza puede darnos las distinciones de unos fenómenos de otros. Como cada estado de fuerza se caracteriza por propiedades diferentes, y como éstas á su vez se aprecian en el experimento, de aquí que yo diga que el experimento equivale á la medida de estados de fuerza.

Cada color del espectro, como cada nota musical, corresponde á un número fijo y determinado de vibraciones; de modo que una vez medidas, ya sabemos que se da siempre aquel color y aquel sonido; de igual manera se trata de medir la vibración, el movimiento, la fuerza invertida ó desarrollada en cada combinación para poder saber la diferencia constitutiva entre un estado y otro, del mismo modo que se sabe la diferencia entre el rojo y el amarillo del espectro solar, ó entre el *do* y el *re* de la escala musical. En Mecánica se calcula la relación entre el trabajo producido y el esfuerzo empleado; en una máquina de vapor puede valuarse el trabajo que ha de producir una cantidad de carbon, y esto se aprecia numéricamente; pues bien, en el caso concreto de la Química, también se trata ó debe tratarse de medir el trabajo de la combinación, y la medida y el experimento se reducen á esto, que ha de dar por resultado el elevarse la ciencia á la concepción de los principios

racionales que comprendan todo el mecanismo de los hechos.

Mas hay que tener presente una cuestion importantísima que se levanta en primer término constituyendo una dificultad en esto de la medida; tal es la unidad que se toma como término de comparacion.

El experimento, siendo la medida, necesita una unidad, porque de lo contrario la tal medida no es posible: ¿cómo en Mecánica se mediria entónces el efecto de una máquina sin el *kilogrametro* por unidad? ¿cómo apreciar el efecto dinámico del calor sin la *caloria*? De la misma manera que para apreciar el peso de un cuerpo hemos de compararle con otro, en las acciones de la fuerza viva los estados de ésta han de medirse con arreglo á una comparacion, puesto que comparando es como hemos de apreciar las diferencias. La eleccion y determinacion de la unidad de medida es el punto capital del adelanto de las ciencias naturales y de su reduccion á la mecánica, porque gracias al establecimiento de esta unidad de medida es como se han podido apreciar todas las transformaciones de los fenómenos y al fin y al cabo su conversion en acciones puramente dinámicas, y de aquí la deduccion de la unidad de la fuerza.

La importancia de la unidad de medida se nota con volver los ojos á la termodinámica. Antes del establecimiento de la *caloria* los fenómenos del calor eran bien poco conocidos, y, sobre todo, no podia determinarse la causa de los efectos térmicos observados en los cuerpos: el haber podido establecer, con carácter fijo y permanente, esa unidad que mide el fenómeno calorífico, nos condujo á dar como causa de toda accion térmica un movimiento mecánico; porque en cada uno de los hechos del calor pudo medirse el valor de las energías consumidas ó desarrolladas y asi se llegó á este principio por nadie puesto hoy en duda: *alli donde parece anularse ó extinguirse una cantidad de calor, se convierte toda entera en accion mecánica, y reciprocamente donde ésta parece concluirse se transforma en calor.* Esta equivalencia mecánica del calor es precisamente la más grande de las conquistas del moderno espíritu científico y método experimental, cuyas consecuencias de todos son conocidas.

Gracias, pues, á la determinacion de la unidad de medida, es posible la experimentacion y sus resultados, que traduciéndose en el establecimiento de leyes numéricas,

llevan á las más elevadas concepciones de la ciencia, á los principios de orden puramente racional á que los hechos se subordinan, quedando estos relegados á la categoria de los materiales que han servido para la construccion de ese principio racional, que es como la célula científica, en donde potencialmente viven todos los organismos de fenómenos y en la que se adivinan y preven todos los estados de fuerza, todos los funcionalismos de la energía.

Si fuese posible hacer con todas las ciencias lo que se ha hecho en la termodinámica, desde luego se adivina cuál seria el procedimiento de los métodos y á qué conclusiones se llegaría en el camino de la experimentacion. Largas séries de números medirían el estado de las energías en los diversos fenómenos y sus equivalencias mecánicas, comparadas con la unidad de medida, lo mismo que una lista de números da la densidad de los cuerpos, comparada con la de uno que se elige como unidad de medida; de tal modo que conociendo la unidad de comparacion y cada número de los que representase el estado de fuerza en los distintos hechos, podrian determinarse sus valores como acciones mecánicas y designar de antemano y como por una especie de prediccion todos los cambios de fuerza. Entónces simples relaciones numérica bastarian para demostrar el lazo de union que hay entre todos los fenómenos naturales; la mecánica, esto es, las leyes generales del movimiento, bastarian para explicar, lo mismo la evolucion y proceso de la célula, desde que en ella aparece el primer esbozo de organizacion, que la transformacion de la nebulosa, desde que se forma, por la union de materia archi-gaseosa, hasta que se congela produciendo un mundo; de igual manera la vibracion que produce la armonía debida del color, que el movimiento de la locomotora que parece ha brotado de este gran espíritu de la actual civilizacion, porque todo estaria sujeto á la medida y al número, todo estaria comprendido en una ecuacion, del mismo modo que hoy se comprende el movimiento de un planeta.

Peró la dificultad está precisamente en que, cuando los fenómenos son muy complejos, no es posible determinar y fijar esta unidad de medida. Tratándose del calor, cuyos fenómenos ofrecen poca dificultad, ha sido posible medir y reducir todos los

hechos á un principio que está dentro de la Mecánica. Los célebres experimentos de Rumford, Mayer y Joule y los trabajos posteriores de Clausius y otros sábios, han logrado construir la termodinámica como modelo de lo que deben ser las ciencias naturales. Del caudal de hechos, acumulados durante el trabajo continuo de un periodo larguísimo, han tomado los materiales, y usando siempre el método experimental, han llegado á reunir todos los fenómenos térmicos en un principio ó ley general que los comprende á todos y que establece entre ellos diferencias numéricas, puramente cuantitativas. En las demás partes de la Física no ha podido hacerse otro tanto. Los fenómenos luminosos y eléctricos son indudablemente más complicados; acaso en los primeros pudiera intentarse algo parecido á lo que se ha hecho con el calor y considerar á la luz como modo de movimiento, si pudiese encontrarse un hecho, en el cual la luz se convirtiese directamente en acción mecánica; acaso ensayando sobre los fenómenos de precipitación debidos á la luz y sobre las propiedades de los colores del espectro podría llegarse á una concepción dinámica del fenómeno luminoso y á la determinación de una medida; pero en cuanto á los fenómenos eléctricos nada se sabe á ciencia cierta, todas las teorías son defectuosas, y esta parte de la Física queda, en el día, siendo un riquísimo manantial de hechos más ó menos estudiados, conocidos mejor ó peor; pero sin principios racionales y leyes fijas: son todos los fenómenos eléctricos hechos complicados y de difícil determinación; concurren en ellos multitud de circunstancias modificadoras que por hoy hacen imposible establecer eso que está por sobre el detalle y la minuciosidad del fenómeno y que constituye la parte racional de la ciencia.

Pasaba hasta hace muy poco tiempo en la Química una cosa semejante. Por una parte la complejidad del fenómeno químico y por otra las ideas atomísticas, que sobre la combinación y sus causas, dominaban en la ciencia, no permitían constituir ésta con arreglo á criterio racional; más que otra cosa, era la Química colección de recetas, y monografías, cuyo estudio, además de ser muy pesado, no conducía á principio ni ley alguna con racional pensamiento establecidos; todo estaba reducido á analizar, con minuciosa escrupulosi-

dad, compuestos y más compuestos, á descubrir combinaciones nuevas y á sustituir en ellas unos elementos por otros. Hace pocos años, un químico eminente, Mr. Berthelot, empezó una serie de trabajos, todos ellos muy notables, cuyos resultados han sido la formación de la *Mecánica química*, ya conforme á principios fijos y leyes racionales, que es precisamente el novísimo iniciado en la Química.

La cuestión capital de esta ciencia ha sido, desde el tiempo de Lavoissier, la medida de la fuerza de combinación de los cuerpos; esto es, de la afinidad. Por el camino seguido hasta ahora, la Química era la ciencia del análisis y Berthelot ha modificado este concepto en sus primeros trabajos fundando la *síntesis química*, con métodos generales y fijos, aplicables á casi todos los cuerpos. Los principios de la nueva rama de la ciencia son muy sencillos. El análisis, procediendo siempre por eliminación, destruía las combinaciones y llegaba á sus elementos más simples. Berthelot ha tomado estos elementos y procediendo en un orden contrario; pero en una gradación, si inversa, correspondiente no obstante á la escala del análisis, ha llegado á unirlos formando las combinaciones que el análisis había destruido; más pudo observar un hecho que había pasado desapercibido en las teorías atómicas y en las concepciones anteriores de la combinación, este hecho se refiere á un fenómeno físico y quizá por esto ha pasado sin notarse y es la absorción ó desprendimiento de cierta cantidad de calor en el acto de la combinación.

Es de observar que antes se establecía que el calor, la luz y todas las otras acciones concomitantes con el fenómeno de la combinación eran como causas modificantes de la afinidad y de ellas no se hacía caso alguno: creían que la combinación era producida por el íntimo contacto de cuerpos afines y por la acción de una fuerza sustantiva, que era la afinidad, cuya fuerza se medía de un modo equivocado, como luego veremos. El hecho observado por Berthelot le hizo pensar en la intervención que el calor podría tener en la combinación y si la afinidad podr'a medirse como tal calor, destruyendo de esta manera su cualidad de fuerza sustantiva; de aquí ha nacido la *Formación química* y como su consecuencia la *Mecánica química*, cuyos principios fundamentales voy á exponer en este trabajo.

La importancia del novísimo movimiento, iniciado en la Química por los estudios de Berthelot, tiene ya una importancia de primer orden y constituye una doctrina verdaderamente racional y científica. Yo he de seguir la evolución de esta doctrina y de esta idea, conforme á un método que nos permita tomarla en el primer momento de su génesis y seguir su desarrollo hasta el día en que constituye una ciencia nueva, una Química desligada completamente de toda teoría atómica y sujeta á los principios generales que la Mecánica establece tratándose de los fenómenos térmicos. Este estudio necesita una especie de preliminar histórico, en el cual trazaré á grandes rasgos las ideas que sobre la combinación han profesado las diversas escuelas de la Química; luego se examinarán las conclusiones generales de la Termoquímica, base y fundamento de la Mecánica química, á la que habrá de consagrarse la mayor parte de mi trabajo.

Hé aquí el cuadro general que da idea de este método:

A--LAS NOCIONES DE AFINIDAD Y COMBINACION QUÍMICA EN LAS DIFERENTES ESCUELAS.

B--LOS PRINCIPIOS DE LA TERMOQUÍMICA:

- a--*Relaciones del calor con la afinidad.*
- b--*Intercencion del calor en las combinaciones.*
- 1.º--Combinaciones inorgánicas.
- 2.º--Combinaciones orgánicas

C--LA MECÁNICA QUÍMICA:

- a--*Primeros principios.*
- b--*Dinámica química.*
- c--*Principio del trabajo máximo.*
- d--*Estática química.*

De esta manera pienso que se podrá formar una idea clara del proceso de las nociones expuestas por Berthelot en su última obra y que constituyen lo fundamental de la Mecánica química.

(*Se continuará.*)

José Rodríguez Mourelo.

Madrid, 1880.

UN EPISODIO DEL TERROR.

NOVELA.

(CONTINUACION.)

CAPÍTULO XV.

La casa del Sr. de Robespierre, abogado.

En la casa gris en que á entrar iba, propiedad de un carpintero llamado Duplay--segun recordar puedo--en su aspecto muy

sencilla, y ocupada tiempo hacia por el ex-abogado (creo que aún existe la tal casa, y puede verse) nada revelaba la morada del dueño temporal de Francia, como no fuese el propio abandono en que parecia estar. Cerradas se hallaban las maderas de arriba abajo; cerrada la cochera, cerradas las persianas de todos los pisos. Ninguna voz salia de esta casa. Parecia ciega y muda.

Grupos de mujeres, conversando ante las puertas,--como sucede siempre en Paris en días de asonada--se señalaban con el dedo la casa, y se hablaban al oido. De tiempo en tiempo, abriase la puerta para dejar paso á un gendarme, un descamisado, un espía--hembra á veces este último.--Entonces los grupos se disolvían á prisa, y los parlanchines entraban á buen paso en sus casas. Los carruajes formaban semicírculo, y cruzaban al paso ante la puerta. Había paja estendida sobre el pavimento. Dijérase que allí dominaba la peste.

Tan pronto hube puesto la mano en el aldabon, abrióse la puerta y acudió asustado el portero, temiendo que el aldabon cayese con sobrado estrépito. Volvió á cerrar la puerta lentamente y con precaucion. Le pregunté sobre la marcha si no habia venido un viejo de estas y estas señas, describiendo lo mejor que supe al señor de Chénier. El portero, con la rapidez de un actor, adoptó un semblante marmóreo. Sacudió negativamente la cabeza.

Insistí, y le dije: Haced memoria de cuantos vinieron esta mañana.--Le apuré le interrogué, le dí vueltas por todos lados.

--No he visto eso.

Hé aquí cuanto pude obtener. Un chicoelo desharrapado se ocultaba trás él y se divertía en tirar piedras á mis medias de seda. Reconoci, en su aire de malignidad, al que me habian enviado por la mañana. Subí á casa del *incorruptible*, por una escalera asaz oscura. Las llaves estaban puestas en todas las puertas, y se pasaba de cuarto á cuarto sin encontrar alma viviente. Solo en la cuarta pieza ví dos negros sentados y dos escribientes que escribian eternamente sin levantar la cabeza. Eché una ojeada al pasar á sus pupitres. Estaban atestados de listas nominales: lo cual me causó en la planta de los piés igual sensacion que la vista de la sangre y el ruido de las carretas.

Introdujéronme silenciosamente después de que anduve sobre una alfombra silenciosa tambien, aunque muy usada.

El cuarto estaba iluminado con claridad pàlida y triste. Daba al patio, y grandes cortinas de un verde oscuro atenuaban aún más la luz, ensordecian el aire, espesaban los muros. Solo alumbraba la vasta habitacion el reflejo de la muralla del patio, donde heria el sol. Sobre un sillón de cuero verde, ante un gran escritorio de caoba, vi sentado à mi enfermo número dos de aquel día, en una mano un diario inglés, y con la otra manejando un cucharilla de plata, con que disolvía el azúcar de una taza de manzanilla.

Bien podeis imaginaros à Robespierre. Muchos hombres de bufete hay que se le parezcan, y su presencia no conmovia por ningun rasgo extraordinario del semblante. Tenia treinta y cinco años, la faz aplastada entre frente y barbilla, como si unas manos, cogiéndolo por la nariz, hubiesen querido unir las por fuerza. El rostro era pàlido como papel, mate, como enyesado. Señalàbase profundamente en él la granizada de la viruela. No circulaban allí sangre ni bilis. Sus ojos pequeños, apagados, extintos, no miraban jamás de frente, y un perpétuo y desagradable parpadéo los achicaba más aún, cuando por casualidad sus anteojos verdes no los ocultaban del todo. Una especie de mueca risueña contraia convulsivamente su boca, arrugada y encogida, merced à la cual le comparò Mirabeau à *un gato después de beber vinagre*. Su cabello era flamante, pomposo y pretencioso. Sus dedos, sus hombros, su cuello, estaban continua é involuntariamente crispados, torcidos y estremecidos, cuando convulsioncillas nerviosas, coléricas, se apoderaban de él. Estaba vestido desde muy temprano, y nunca le sorprendió nadie en *negligé*. Aquel día dábanle aspecto muy cortesano y petimetre chupa de seda amarilla con rayas blancas, floreado chaleco, chorrera de encaje, medias de seda blanca y zapatos con hebillas.

CAPITULO XVI.

El Paciente y el Doctor.

Levantóse con su cortesía habitual, y dió dos pasos hácia mi, quitándose los verdes anteojos, que gravemente colocó en la mesa. Me saludò como hombre bien educado, volvió à sentarse, y me tendió la mano.

Yo no la coji como se coje la de un amigo sinó como de un enfermo, y, alzando sus manguitos, le tomé el pulso.

--Calentura: le dije.

--No es difícil eso, contestó frunciendo los

lábios, y se levantò bruscamente: dió dos vueltas por la habitacion con seguro y ràpido paso, frotándose las manos; después dijo--bah!--y se sentò.

--Atended, ciudadano, añadió; escuchad esto. No es cosa rara?

A cada palabra me miraba por encima de sus anteojos verdes.

--No es extraño? qué os parece! ese duquecillo de Yorck que me insulta por medio de sus periódicos!

Y daba con el dorso de la mano en la gaceta inglesa y en sus largas columnas.

--Esta coléra es finjida, pensé; pongámonos en guardia.

--Los tiranos, prosiguió con voz àgria y chillona, los tiranos no pueden suponer que exista en parte alguna libertad. Es cosa humillante para la humanidad. Ved esta expresion, repetida à cada página ¡qué afectacion!

Y me arrojò la gaceta.

--Ved, prosiguió señalándome con el dedo el lugar indicado: ved ahí. *Robespierre's army, Robespierre's troops*. ¡Como si yo tuviese ejércitos, como si yo fuese rey! como si todo viniese de mi y à mi volviese! Las tropas de Robespierre! Qué injusticia, qué calumnia, eh?

Y recobrando su taza de manzanilla y alzando sus anteojos verdes para observarme de soslayo:

--Supongo, pronunció, que nadie usa aquí esas increíbles expresiones? no las oisteis nunca, verdad?

¿Hay quien diga eso en la calle? No: ¡es el mismo Pitt quien dicta esta opinion para mi injuriosa! ¿Quién me dà el nombre de dictador de Francia? los contrarrevolucionarios, los antiguos *dantonistas* y los *hebertistas* que aún quedan en la Convencion; los pillos, como L' Hermina, à quien denunciaré en la tribuna, lacayos de Jorge de Inglaterra, conspiradores que quieren que me aborrezca el pueblo, porque conocen la pureza de mi civismo y saben que denuncio diariamente sus vicios; Verres, Catilinas, como Desmoulins, Ronsin y Chaumette, que no cesan de atacar el gobierno republicano. Esos animales inmundos llamados reyes son lo bastante insolentes para querer colocar en mis sienes una corona. Es para que caiga un dia, como la suya? Es triste cosa que aqui les obedezcan falsos republicanos, ladrones que me imputan mis virtudes. Bien sabeis que há seis semanas que estoy en-

fermo, que no voy al Comité de salud pública. Dónde está mi dictadura? ¡pero no importa! la coalicion que me persigue la vé en todas partes; soy un vigilante sobrado incómodo y sobrado íntegro. Esta coalicion comenzó desde que nació el gobierno. Reúne á todos los bribones y malvados. Osó hacer pregonar por las calles que yo estaba preso. Muerto, sí; pero preso? No lo estaré nunca. Esta coalicion ha dicho todos los absurdos posibles; hasta que Saint Just quiere salvar la aristocracia, porque nació noble. Y qué importa el cómo haya nacido, si vive y muere con los buenos principios? ¿Quién sinó él propuso é hizo pasar á la Convencion el decreto de destierro de los ex-nobles, declarándolos enemigos irreconciliables de la Revolucion? Esta coalicion quiso ridiculizar la fiesta del Sr Supremo y la historia de Catalina Teos; esta coalicion, dirigida solo contra mí, me acusa de todas las muertes, remueva las estratagemas de los *brisotistas*; y sin embargo, me parece que algo mejor es lo que yo dije el día de la fiesta, que las doctrinas de Chauvette y Fouché, verdad?

Hice una señal de apobacion, y prosiguió. --Yo, yo quiero quitar de las tumbas la impía máxima de ellos, de que la muerte es el sueño, y grabar en su lugar: *La muerte es el principio de la inmortalidad.*

Ví en estas frases el preludio de un discurso próximo. Robespierre se ensayaba en mí, procedimiento frecuente en los oradores de oficio.

A. de Vigny.

(*Se continuará.*)

LA "REVISTA DE GALICIA." Y LA ESCUELA REALISTA PORTUGUESA.

II.

Ya me lo presumía yo. Conozco demasiado el temperamento del Sr. Cunha Vianna en particular y el de los neófitos literarios en general, para no adivinar de antemano que iba á ponerse hecho una fúria con mi ratificacion. Solo que no podía figurarme todos los extremos á que le llevaría su cólera, ni los caminos por dónde echa para desahogarla. El Sr. Cunha es malévolo: vamos, casi es maquiavélico en su sistema. Cumpli yo en mi artículo anterior con el deber, no de cortesía, sino de justicia, de no hacer responsables á las musas portu-

guesas de los yerros que él comete; y el señor Cunha, lejos de imitar mi equidad, va, y qué hace? pues, de enojado, maltrata con inconvenientes y descortesés sinrazones á la Coruña y demás tierras de España, con la maligna intencion de que yo le conteste insultando á su país, y él responda defendiéndolo, y así se pongan de su parte todos los escritores portugueses. Procedimiento que me recuerda el de un salchichero francés, á quien le ocurrió, en la *foire aux jambons*, poco despues de la guerra franco-prusiana, colocar de muestra en su puesto una bandera tricolor y el lema *Alsace-Lorraine*; con lo cual ningun feriante osó decir que pudiesen estar averiados jamones que ostentaban tan patriótica divisa.

Pero sepa el Sr. Cunha que no morderé el cebo, porque está el anzuelo muy á la vista. Qué más quisiera el Sr. Cunha para los días de fiesta, que ganarse el auxilio de sus compañeros y paisanos que tratan á su escuela como la trata por ejemplo, el señor Alberto Carlos, de cuyo libro *La Escuela realista y la moral* medá noticia el distinguido crítico Sr. Macedo, y en el cual por lo visto un *portugués* acusa á los realistas como el Sr. Cunha de *ganar dinero por la divulgacion del vicio*. Ni yo repetiré estas palabras ni haré solidario á todo Portugal de las culpas del Sr. Cunha. Casi casi pienso que lo más acertado es acompañar á Portugal en la pena que le producirán tales infortunios: reciba mi más sentido pésame.

En cierto modo me congratulo de haber incomodado al Sr. Cunha, porque él es hombre que cuando se incomoda despliega elocuencia notable. Lo que me parece es que, para realista se deja arrastrar un tanto de su imaginacion, cuando repite que yo converso con los lirios, (mire V. si es empeño) que llamo *asnos* (sic) á los alemanes, cierro los puños, rujo y juro. Estas últimas suposiciones, me hacen sospechar que el Sr. Cunha tendría delante el espejo cuando escribió! Porque temo que ni los aires refrigerantes de Povia de Varzim le sacan del cuerpo al poeta realista la enfermedad que de fijo le cuesta el berrinche. Como yo no quiero la muerte del pecador, sinó que se arrepienta y viva, aconsejo al Sr. Cunha un calmante y algunos vasos de zarzaparrilla, por lo que pueda tronar.

No es solamente la elocuencia lo que al Sr. Cunha se le excita con el enfado; es

tambien la erudicion y sabiduría, y en las cinco columnas de prosa que tiene à bien consagrarme, salen los nominalistas, los escépticos indios, la ciencia germánica, Kapila, Schelling, Chateaubriand, Meyerbeer, nuestro padre Adan y hasta una obra de Darwin que se titula *The expresion of the emotions in man and animals*; por cierto que donde debe de decir *expresion* dice *esprission*, sumpongo que por errata de imprenta, pues no quiero figurarme que el Sr. Cunha cite un título en inglés sin saber este idioma; aunque cuanto más considero la cita, más me huele à erudicion postiza, porque *anch'io* he leído hará un par de años, la obra de Darwin y confieso que no sé que tenga que ver con lo que tratamos. Es como si yo le citase al Sr. Cunha en apoyo de mis opiniones *Die Perigenesis der Plastidule, ó Natürliche Schöpfungsgeschichte*, ó cosa por el estilo, sin especificar ni lo que tales obras contuviesen en favor de mis argumentos, ni señalar pasaje alguno de ellas que al caso venga, dando así ocasion à que la malicia piense que solo quise soltar un titulazo rimbombante, largo y en inglés ó aleman para mayor claridad, à fin de dejar à mi adversario confundido y atónico y al público dominado con este golpe à lo D. Hermógenes.

Fuera de tal aparato de, digámoslo así, citas, y de las lamentaciones, improperios, ironias, sarcasmos, exclamaciones y admiraciones que me dirige, y de las cuales hago caso omiso, no contiene el artículo del Sr. Cunha más cosas de bulto que un nuevo panegirico del realismo *solista*, y la aseveracion de que Zola (prepárense Vds. à la una... à las dos... à las tres... cataplum...) vale más que Cervantes. (!) Y añade el señor Cunha con cierta picardigüela "que no se ofendan mis bríos patrióticos." Pero, señor Cunha de mis pecados, si el que está ofendido há tiempo con sus ocurrencias de V. no soy yo, es el sentido comun; y de ese ¿qué se le dà à V? Explicarle à V. ahora como Cervantes es un génio que no pertenece à España sola, sino al mundo entero; como es de las figuras que bastan para llenar una época, como su nombre vá de par con esos nombres únicos en la historia, Homero, Dante, Shakspeare; como no es que lo digamos los españoles, que en materia de volver por nuestras glorias somos más que descuidados, sino que lo afirman unánimes todos los críticos del mundo to-

do... explicarle à V. esto y perder el tiempo seria una misma cosa, Sr. Cunha. Porque por lo visto, en lo tocante à apreciar cualitativamente à los escritores, corre parejas el Sr. Cunha con aquella cocinera de tierra adentro, que llevada à Cádiz, y teniendo que presentar langostinos cocidos, tiró la carne y envió à la mesa las crustas, exclamando cuando su ama la reñía: "Pues, señora, yo bien guardé lo coloradico."

Ya verán Vdes. como por estas anedoctillas inocentes que le aplico vá à perder definitivamente los estribos el Sr. Cunha, y à decir con aire de dignidad ofendida que yo le cuento cuentos de cocineras, así como en su último escrito exclama con muchos remilgos que en mí primer artículo juro como un arriero, y que solo sirvo para manejar castañuelas ó pandereta; lo mismo que si los cantos del Sr. Cunha requiriesen acompañamiento de órgano ó de fagot. Pero ¡miren qué melindrosicos que se han vuelto los *solistas*! Pues no querian ellos que à todo se le llamase por su nombre y que se desterrasen los repulgos del terreno literario? Ahora parece que mudaron de opinion y exigen que al menos cuanto ataña à sus personas se trate por lo grave y por lo fino. Ya sé yo que esta discusion no lleva giro demasiado clásico; pero no me remuerde la conciencia, porque no fui yo quien la metió à barato.

Ya es tarde: el Sr. Cunha, à quien censuré en estilo sério, y que contestó con todas aquellas ingeniosas fantasias referentes à mis conversaciones con los lirios y à la punta de la nariz que mi amada se dignaba enseñarme, consienta ahora que yo también me solace un ratito y espante el mal humor à cuenta de sus lucubraciones y arrebatos. Y permita asimismo que comuniqué à mis lectores la trascendental noticia que me dá al final de su artículo, de que se vá à Povoia de Varzim à *espalhar tristezas*. Ya lo saben los futuros biógrafos del Sr. Cunha: no echen en olvido este precioso dato, no sea que tengan despues que darse de calabazadas para averiguar donde pasó el Sr. Cunha la segunda mitad del mes de Agosto de 1880. Y aquí, muy en confianza, voy à participar à mis lectores un secreto. Añade el Sr. Cunha que desea no oír allí mi prosa. No lo cuenten Vds. à nadie: pero yo barrunto que el Sr. Cunha no dice lo que siente. Se me ha llegado à figurar que, en el fondo, se parece el Sr. Cunha

porque la crítica hable de él, sea como quiera; el caso es que de él se acuerden. Por lo cual debemos los críticos, en lo sucesivo, escatimarle ese gustazo.

Torre-Cores

BIBLIOGRAFÍA.

La Reconquista de Vigo: poema que obtuvo el primer premio en el certámen literario celebrado en Vigo el 7 de Junio de 1880: por Nicolás Taboada Fernandez. Tipografía de P. Nuñez. Madrid.

El Sr. Taboada Fernandez, de quien conocen ya alguna produccion los lectores de LA REVISTA DE GALICIA, ha conseguido un premio en el certámen de Vigo, cantando uno de los gloriosos hechos de armas de nuestra lucha por la Independencia, la reconquista de Vigo, ocupada por los franceses y rescatada por Morillo y los gallegos reunidos bajo su mando. Inspirándose en los recuerdos de esta página histórica ha escrito el Sr. Fernandez su poema, versificado con facilidad y soltura, y en el cual abundan regulares décimas.

El Sr. Taboada Fernandez posee dotes de versificador; y acaso á la misma abundancia de su vena poética debamos acusar de las negligencias y descuidos de forma que en el poema se advierten. Tengo por cierto que el Sr. Taboada Fernandez, que tan sin esfuerzo escribe y rima, lograría beneficiar mejor sus no facultades conteniéndose y cincelando detenidamente sus versos. Facilísimo le sería, verbigracia, evitar renglones como este.

.....
 más llegó—Ahí en la historia,

.....
 que tan ingratamente suena, ó como estos otros:

.....
 Por fin la rabia revienta
 y como trueno tremendo

.....
 donde el martilleo de las sílabas *ra, re, tra* y *tre*, hace enfadoso sonsonete. No queremos poner más ejemplos, y nuestro fin es solo indicar al laureado, que no se deje llevar de su fácil inspiración, sinó que pule y aliñe cada vez más las obras que en lo sucesivo nazcan de su pluma, á fin de que podamos aplaudirle sin restricciones.

Torre-Cores.

MISCELÁNEA.

Una obra de caligrafía.—De nuestro querido colega *El Líbrez* de Pontevedra, tomamos lo que sigue:

"En el vestibulo del salon de bellas artes de nuestra Exposicion figura un cuadro donde aparece el catálogo de las obras de la eminente escritora doña Emilia Pardo Bazan.

El Sr. Rodriguez Corredoira, autor del trabajo caligráfico á que nos referimos, ha demostrado no comun habilidad y buen gusto en la disposicion y ejecucion del mismo, y merece por su ingeniosa traza los plácemes que le tributan todas las personas inteligentes, que tienen ocasion de contemplar el curioso ejemplar exhibido, del que desearian una reproduccion litográfica todos los admiradores de la directora de la REVISTA DE GALICIA."

Rectificacion.—Por un error material apareció en nuestro número anterior que la *Memoria acerca del estado del Instituto de la Coruña* abrazaba el curso de 1879 á 1880—siendo asi que comprende el de 1878 á 1879.

SECCION POÉTICA.

A GALICIA.

HINO (1)

CORO.

Hirmans, con entusiasmo
 Cantemos á Galicia,
 Pra nós outra delicia
 Com' ela xa non hay;
 E mali' ò fillo ingrato
 Que como nós non queira
 A terra feiticeira
 Qu' é nosa doce nai.

x.

¡Pátrea! guind' á coroa d' espiñas,
 Ergu' á testa dorida e muchada,
 Hirmans, vinde da nai adourada
 A poñervos do trono aredor;
 E xuremos curarlle as feridas
 Sobr' ò peito poñendo á man forte,
 E que todos loitand' hastr' á morte
 Saberemos gardar seu honor.

CORO.

Hirmans, etc.

(1) Premiado con corona de laurel en el Certámen literario de Pontevedra.

XX.

D'o porvir escomez' ò gran dia
E nas tréboas que fuxen latexa
O traidor curazon con qu' á invexa
Seu veneno verteu sobre nós.
¡Veni' á lús qu' os farrapos d' a brétema
Rach' èspalla no ceo d' a hestoria
E alum' òs altares d' groria
Os sepurcros dos nosos avós.

CORO.

Hirmans, etc.

XXX.

¡Ouh Galicia! tuas bágoas enxoiga,
Pois pra ti novo sol hoxe brila,
E nos aires, solene e tranquila,
D' o progreso x' á vos resoou.
Reina, escoita ò mañan que t' agarda,
Pero lembra tamen teu pasado
Que d' a hestoria no libro dourado
Siñalado pra sempre quedou.

CORO.

Hirmans, etc.

XV.

Alò enriba d' o monte Medulio
Inda imobles nos altos penedos
Pol' a noite, calados e quedos,
Teus guerreiros velando se ven.
Por tí s' erguen suas sombras d' as cobas,
Teu honor inda gardan despertas,
Amostrand' às feridas abertas
Por loitar cada un contra cen.

CORO.

Hirmans, etc.

V.

Inda miran pr' o azul hourizante
Coroadas de buxos e rosas
D' os teus nautas as sombras groriosas
E' os seus barcos se vén gobernar,
Semellando aló lonxe, moi lonxe,
De tuas illas as moles pesadas
Tuas escadras marchando caladas
O crarisco d' a lua no mar.

CORO.

Hirmans, etc.

VI.

¡Miña terra, xardin encantado,
O mirar qu' eres tan feiticeira,
Hastr' ò vent' ò bruar na ribeira
Canta humilde os encantos que tes;
E o mar tolo, anque rode de noite
O trebon antr' a brétema, rouco,
Esquecend' o furor pouco á pouco,
Ven bicar cariñoso teus pes.

CORO.

Hirmans, etc.

VII.

¡Cencias! ¡artes! ¡industrias! ¡traballo!
En nos sempr' uns escravos teredes
E pr' a pátreia querida seredes
Lus eterna qu' a faga brilar.
De loitar, ¡ouh hirmans! non deixemos!
Pra nos sempr' a de ser a victoria,
¡Un porvir pra Galicia de groria
Xa no ceo se ve crarexar!

CORO.

Hirmans, etc.

1880.

Andrés Muruais.

Á LA EMINENTE ESCRITORA

EMILIA PARDOBAZAN

DIRECTORA DE LA «REVISTA DE GALICIA.»

Soneto.

Fué el cielo azul de la herculina zona
El dosél de tu cuna sonriente,
Y arrullaron tu infancia dulcemente
Las olas que su océano aprisiona.
Tegieron sus verjeles tu corona,
Presagiando tu hado floreciente,
Y laureles ciñeron á tu frente
Donde el genio sus galas amontona.
Hoy nueva luz, que en torno de tí gira,
En tu senda abrillanta con anhelo
Las flores de ese númen que te inspira,
Y yo admirando tu grandioso vuelo,
Té ofrezco el eco de mi tosca lira,
Ya que eres gloria del gallego suelo.

Emilia Calé Torres de Quintero.

Lugo, Abril, 1880.

DELIRIO D' UNHA NAY. (a)

E logo, seña Antona: ¿Non ven á vel' a feira?
--¡A feira!... Quén tal pide, non ten pesar ningun!
--E estonces ¿quén-a fire con pena morticeira?
--¡A sorte, qu' ò meu fillo caill' o número un...
--Xesús ¡ay mal pocado! ¡Qué pouca sorte tivo!
Pro cale, non s' afrixa, qu' aínda poida dar
Que pol' a eseucion libre--¡Xamáis enfermo estivo...
Decote o seu corpiño curt'us' á traballar!

(a) Esta composición ha sido inspirada por la actual legislación de Reemplazo del Ejército que exige el reconocimiento del padre natural para que el hijo pueda eximirse del servicio.

El qu' era miña albenda... O sol d-o meu amparo,
 ¡Decir á Dios qu' á forza o Rey mo ha de levar
 Pra ser quizais o branco d' algun treidor disparo!
 Pra ir morrer tan longe d-o seu querido lar!...

Ou ter que ser verdugo de náis esconsoladas
 Qu' aló por outros pobos saloucen coma eu,
 ¡Ou verse enredadiño n-as régoas desalmadas
 D' unha Ordeanza crúa que seiqu' o demo a urdeu!
 ¡Ay Dios! tórnome louca. ¿Que der eu por ceibarte?
 O alento: o sangue todo: ¡si, si! meu corazon.
 Qu' eu ouro non topase bastante pra mercartel!...
 ¡Ay! ¿por qu' a nais chegaron as que tan probes son?.

En van traballadiña pasey a vida inteira:
 En van, miña xoiña, xa ves ¡nada xuntey!
 Pro xúroche dend' hoxe por tí ser tranfulleira...
 ¿Pro cómo, meu Chintiño, s' eu facer mal non sey?...
 ¡Xesús! ¡Xesús! Non podó c-o peso d' esta sorte!
 Marchándose o meu fillo á terra xa non ten
 Remedio que m' arrinque d-as frias máis d-a morte!
 Pra min ó mundo inteiro n' arromba ningun ben.

¿Qué leis, os bens inteiros, á náide ll' arrebatan?
 ¡Pois unha ley, meu todo, en tí me ven quitar!
 Vèn, tí, vèn ¡miña yalma!... pirmeiro aquí me matan
 Antes qu' á forza naide t' arrinque d-o meu lar!

¡Levarm' o meu filliño cal boy ó matadeiro?
 ¿O meu filliño amado? ¿O fillo qu' eu parin?...
 ¡Qué veñan á catarte! ¡Qué veña o mundo inteiro!
 ¡O inferno! ¡O mesmo inferno non pode contra min!
 ¡O fillo que c-o sangue criei dos meus peitiños?
 ¿Levarme esta prendiña que tanto me costou?
 ¿O fillo qu' eu coidára con tantos aloumiños?
 ¡Vaya! ¡que non se maten! ¡s' ó fin non lle lo dou!!!...

¿E logo non son nada aqueles traballiños
 Que para alimentálo chorando pasey eu?...
 ¿E logo xa non manda a nay nos seus filliños?
 ¿E vos pra que m-o destes, estonces ¡Dios d-o ceu?...
 ¡Malhaya sea a guerra! ¡Malhaya quén-acende!
 Malhaya quén d' as probes non cura máis millor,
 E quén seus fillos hórfos, podendo, non defende,
 Dimpois d' abandonadas d' un vil finxido amor.

.

--Acougue, seña Antona, que Dios é pay. Sosegue,
 Que moitos máis d-a guerra voltarón ende ben,
 E poida dar que Chinto, cando ó seu campo chegue
 Qu' atope....--Entr' os mortíños o número un tamen!

A sorte par' os probes non ten máis que un camiño
 Regado pol' as bagoas, cochado pol' o door,
 Pra un que n-el atope guindado un aloumiño;
 Millenta tópan loito, espiñas é suor!

Deixádeme, ruliñas. Estimo voso alento,
 Pra min xa n-hay consolo. Razós pra min non hay.
 Deixádeme bebendo meu longo sufrimento,
 Pois solo pra esquencelo ¡fay falla non ser nay!!!

Francisco M.ª de la Iglesia